

---

## LA ESCULTURA CONTEMPORANEA.

---

(Conclusion)

Canóva es la renovacion del ideal griego en nuestra época. Para comprobarlo no es forzoso recurrir al «Perseo,» ni al grupo del «Amor» y «Psiquis,» donde la elegancia y el pulimento rayan en lo incomprensible, no á sus «Luchadores,» sino á la «Tumba de los Estuardos,» á la «Magdalena arrepentida» y hasta al ponderado «Mausoleo de Rezzonico.» Templado por el estudio del natural, el idealismo de Canóva, entraña nobles enseñanzas y lleva hácia elevados términos el arte, cuyo centro solicitan Paris y Romá, si bien ésta le retiene sin menoscabo del crédito que el primero ha granjeado; porque es Paris vestibulo del Templo artístico y tambien palestra á donde tornarán los adeptos, ganosos de nombre y galardón, una vez iniciados en los misterios augustos de que Roma, suprema atraccion del alma enamorada de lo grande y de lo infinito, es único santuario.

No fué solo Canóva el mensajero del claro dia que alumbraba los horizontes del arte. Tres artistas de mérito, disputáronle la honrosa primacia que habia obtenido. El de mas edad tuvo por nombre José Maria Alvarez y nació en la hermosa region de Andalucia; el segundo fué el gran Torwaldsen, gloria de Dinamarca; el tercero Rauch, procedia de Alemania.

Hombre extraordinario Alvarez, rival preclaro de Canóva, vencedor de éste en honrosísimo certámen, habrian igualado en fama, de haber sido ménos modesto y ménos patriota. Circunscrito al círculo estrecho de su pátria y de sus estudios, cuando le llamaban sus talentos á mayor notoriedad, apenas si en la preocupacion de la política contienda, se le otorgaron los

miramientos que de derecho le correspondian. Es Alvarez el primero de nuestros escultores modernos y sus obras joyas son, no estimadas todavia, en su justo valor y en todas sus partes. Aunque hijo de su siglo, fijó la mirada en las esplendentes alturas del Pecilo y del Acrópolo, y si el «Episodio del Sitio de Zaragoza» muestra como sintió la pasion de la libertad y del patriotismo, el «Apolo» gradúale de felicisimo discípulo de lo clásico, mas discretamente concebido.

Llena Torwaldsen la Europa con su nombre y fundando la escuela dánica, alcanza los honores de la apoteosis, que solícitos le ofrecen sus conciudadanos. Rauch es algo mas que un maestro reputado, es todo el arte aleman de bulto. Pertenece Torwaldsen á la estirpe del génio que carece de localizacion en el tiempo y en el espacio, siendo como es eterno y universal. Por eso miran sus obras tanto al pasado como á lo presente. Con la «Vénus» y el «Mercurio» renacen los laureles de la Grecia; en el «Triunfo» de Alejandro» ví la escultura heroica desdoblar su rico panorama ante mis ojos absortos; el colosal «Apostolado» de Nuestra Señora de Copenhague y la «Institucion del Pontificado» del Palacio Pitti y los «Angeles» del Duomo de Novara y las «Tumbas» de Pio VII y del último de los Hohenstanfen, respectivamente en Roma y Nápoles, retratáronme el artista romántico que une la forma clásica á un muy delicado misticismo. Nadie antes que Torwaldsen supo con elementos antiguos, dar vida á cosas modernas. El «Monumento de Federico VI» en la Jutladiá y las estátuas de «Schiller» y «Gutenberg» asi lo testifican.

Alcanza Rauch la estatura de los colosos. Su preocupacion es el «Vaterland,» la pátria. Cada obra suya es cual página gloriosa entregada á la admiracion de las muchedumbres. Escultor nacional, por excelencia, obrero de la hegemonía germanica, Rauch llena el Walhalla con los valientes simulacros de Maximiliano de Baviera y de Durero, de Sharnshort y de Bülow, de York y de Bülicher, encerrando, por tal modo, en un mismo ciclo, á cuantos en lo pasado y en lo presente coadyuvaron á la alta empresa, y por remate, labra el «Monumento de Federico el Grande,» símbolo de la Alemania moderna, donde brillan desde Kant y Lessing hasta los guerreros y políticos mas insignes de nuestros días.

No hay modo de negarlo, el progreso se realiza por diferen-

tes caminos. El sentimiento de lo bello acaudala las producciones de los maestros; pero el estilo de cada uno es distinto. Desapareció la uniformidad enojosa de las decadencias precoces, antes bien resalta cierta variedad fecunda, signo de la existencia exuberante que se afirma individualmente, sin perder el nexo comun.

Habian elevado las guerras del Consulado y del Imperio la Francia, al puesto de árbitra de los destinos de Europa, y no satisfecha con la supremacía política, aspiraba á que Paris fuera emporio supremo de las ciencias y de las artes. Los generales conquistadores, al domeñar pueblos y ciudades, apropiábanse todo linaje de preseas artísticas, que eran trasportadas á las margenes del Sena. Donde quiera que imperaba la Francia, eran liberalmente protegidos los maestros, contribuyendo estos hechos al lustre de la escultura, ora difundiendo los principios estéticos y rectificando el gusto, ya mejorando los métodos é impulsando con el estimulo, la produccion. Todo elevado sentimiento hallaba en Francia, en los primeros tiempos de la nueva era, campo donde dilatarse. Las ideas de virtud, heroismo, libertad y pátria enardecian el corazon de la juventud, ganosa de realizar las mas árduas proezas. Enriquecen Boisot y Callarmad con muy selectos relieves, la «Columna monumental del Gran Ejército,» esculpe Clodion en el Arco de Triunfo del Carrousel «la entrada de las águilas francesas en Munich;» ejecuta Chaudet el Fronton del Palacio legislativo; Roland ilustra el Louvre; Foucon y Stoul renuevan la memoria de los grandes hombres. Deseine da cuerpo á la abnegacion de «Scévola;» crea Brindan su «Epaminondas», y Dumont se acredita, reproduciendo el busto de «Marceau,» guerrero tan heróico como malogrado.

Precedidos ó acompañados de esta falanje, entrarán en el panteon Rude y David de Angers, pronto inmortalizados con la «Marsellesa» el primero, y con el «Tímpano del Panteon» el segundo. Transfórmase sucesivamente la escultura francesa hasta convertirse en arte nacional nutrido en ideas verdaderamente nobles y generosas, y á medida que crece el siglo, sus progresos tienden á nivelarse con los que en otras naciones se registran. En Italia, Bartolini y Tenerani retienen el cincel en el decoro que Canóva hubo de transmitirle; en España, tambien la buena semilla produce sazonzados, aunque modestos frutos.

Sabido es que la política napoleónica llegó á hacerse insoporable. Trajeron sus excesos que la mas noble reaccion se agigantára desde el Bétis al Newa, y cuando los españoles se inmortalizan en Bailen, allende el Rhin, sintiéronse como avergonzados de su ignominiosa inercia. Empuñan los pueblos germánicos las armas, decididos á reconquistar la independendencia que Bonaparte les secuestraba, y es por demas curioso, el que en esta empresa política arraigue en cierto modo, el romanticismo que tanto en la literatura como en el arte intentará oponer lo propio á lo exótico, mediante el estudio y disfrute de los elementos con que brinda la historia y la actividad nacional. Una vez establecida la doctrina, nó pretende solo dar vida á lo nativo en la esfera estética, si que tambien sustituir la sequedad y el convencionalismo clásicos, con la frescura realista. En gran manera participan de estas miras las naciones de la Escandinavia. Extraordinaria agitacion las conmueve al propagarse la noticia del heroísmo demostrado por los soldados del Marqués de la Romana, mercenarios de la Francia, en aquellas latitudes. Alármase la juventud, y en su ardimiento quiere sacudir el yugo del arte francés, que domina en las altas esferas sociales. Suscítase apasionada controversia, y los contendientes se dividen en dos bandos; militando en el uno los conservadores que hallan peligro en apartarse de la tradicion, en el otro los patriotas designados, en son de mofa, con el epíteto de «fosfóricos» ó «fosforistas.» Sienten éstos al punto, la necesidad de regularizar sus acometidas y la defensa, y para ellos crean una Sociedad que se apellidára «Gótica»—á pesar del concepto baladí que acompañaba al vocablo—proponiéndose con ella dotar á la Escandinavia de una propia literatura. Cuando esto ocurría, Sergel imperaba en Suecia con su reputacion de artista celeberrimo, siendo en el mundo artístico septentrional, lo que Canóva en el latino; esto es, la personalidad donde encarnaban las tendencias reformistas próximas al triunfo. Para que éste fuera efectivo necesitábase romper de una vez y resueltamente con la tradicion exótica. Fogelberg nació á la vida del arte, dispuesto á todo, y alentado por Sergel, robusteció sus facultades en el estudio, en la meditacion y en el trabajo. Cuando se estableció la «Sociedad Gótica,» voló á inscribirse en su registro, imaginando que la reforma debia extenderse al arte, para lo cual era

menester que éste tornára la mirada á las tradiciones y leyendas nacionales. La mitología greco-romana habria de ceder ante la nórdica, y los anales escandinavos suministrar los temas hasta entonces recogidos en otras fuentes.

De asaz atrevido hubo de calificarse el empeño, y tambien de absurdo, porque contradecia toda autorizada práctica, y tambien por lo indeterminado é informe de la materia á que se pretendia recurrir. El Edad como los Sagas, apenas si eran conocidos de los eruditos. Ricos en episodios interesantes, faltaba que la crítica los fijara con pulso, gusto y asentimiento general. En sentir de Fogelberg la forma externa no se hallaba ligada necesariamente á las tradiciones, cuyo origen era mas que dudoso, y consiguientemente podia el artista hacer agradable el personage fantástico, bajo condicion de no destrubuir su integridad histórica ó legendaria. Armado de esta teoría, produjo las estátuas de «Odin,» «Thor» y «Freya,» trinidad simbólica que campea al frente de las fábulas escandinavas. Prorumpieron los conservadores en gritos de indignacion; para los reformistas Fogelberg fué el símbolo de la nueva idea. Robustecidas las filas de los góticos con el éxito, verificóse una mudanza radical en la opinion y nada pareció tan bello como el Olimpo Nacional con sus Ases, sus Nixos y sus Valkyrias. Entonces el entusiasmo rayó en delirio, y el nombre del maestro voló en alas de la fama por todas partes.

Resonaron los ecos de la victoria en las orillas del Báltico y del Sund, suscitando emulaciones legítimas. Comparte con Fogelberg las glorias y los premios Bystron, que anima los rasgos fisonómicos del popular vate Ballman; Qvarnstrom que sobre crear nuevos tipos, esculpe las estátuas de Berzelius y de Wasa y con las de otros ilustres hijos del Norte, la de Feguer el inolvidable autor del «Fritiof Saga;» Molin que dá titánicas proporciones al busto de Torwaldsen, y en pos de ellos, una tropa de jóvenes, entre los cuales algunos han escrito ya sus nombres en el pedestal de la Gloria.

Sigue Dinamarca las huellas de Suecia completando la restauracion artística que informa el romanticismo. Insigue trágico Oelenschläger; novelador feliz, Ingemann; lírico apasionado y elegante, Winther; Grundtvig, cantor homérico; Hieberg, Baggsen y Hauch, dramáticos fecundos; Thomsen, padre de la

arqueología prehistórica; Hoyen, paladin de la crítica romantica; Andersen, narrador admirable; Marstrand, que dibuja con el pincel la historia pátria y anima el «Don Quijote;» Sonne, pintor de trances bélicos; Hansen, de los mitos; Hartman, que crea la música de los populares «Liden-Kirsten;» dándose la mano, empujan de frente el Renacimiento dánico, enriquecido por Bissen con numerosas y bellas esculturas. Todos los personajes citados, con otros no ménos insignes, decoran el círculo de su inspiracion. Suyos son ademas, los monumentos erigidos al valor nacional en Fredericia y en Flensburg, y la série de estatuas del Palacio de Christiamborg, representativa de las heroínas dánicas, desde Ingeborg y Gudruna, hasta Thora y Nanna; desde la princesa Thira que construye el Dannewirke, hasta Margreth, que une á los escandinavos en Kalmar.

¿Habrà modo, conocidos estos hechos, de sostener que la escultura del siglo XIX, es pobre é incolora? ¿Serà justo reseñando tan rico florecimiento, negar á nuestros maestros el fuego inmortal del génio? Ni aun Inglaterra que parece entregada á la pasion hidròpica del industrialismo, vive distante de estas ventajas, como no vivimos los peninsulares. Los nombres de Agreda y de Machado de Castro; de Ginés y de Aguiar; de Salvaterra, Barros-Lavorao, Braga, Solà, Araujo-Cerqueira, Elías y Piquer lo declaran, sin recurrir á los que viven entre nosotros, ceñida la frente de merecidos laureles. Existe, Señores Académicos; existe la escultura con muy hermosos rasgos caracterizada y aun hácia mas nobles fines dirigida. Varia, fecunda, reflexiva, y sin faltarle sentimiento y magestad, progresa en la direccion trazada por la crítica mas juiciosa. Sin ser clásica, aspira á que el antiguo sea uno de sus títulos nobiliarios; sin menosprecio de lo real, idealiza sus creaciones en la medida que piden los fueros de toda obra verdaderamente estética.

Dejad que labre simulacros mitológicos, que produzca la alegoría y el emblema; esto no habrá de impedir que penetre cada dia con mayor resolucion y provecho, en el dominio de la historia y de la literatura moderna, donde desde los «Nibelungos» hasta el «Romancero,» desde las «Canciones de Gesta» y los «Lieders hasta las «Crónicas» y las «Leyendas» piadosas ó mundanas, habrán de suministrar épicos ó dramáticos, tiernos ó trágicos motivos al talento creador. Hora es de que el arte

sea algo mas que divino deleite, algo que á su manera enseñe, corrija, ennoblezca y encumbre; algo que á la regeneracion moral contribuya, y cuando parece que hay fuerzas que hácia la duda y el abatimiento nos llevan, deber es, del artista, acudir al muro aportilado y reñir allí con los buenos, por lo que purifica y ennoblece.

Ni es nuestra época propicia á las intolerancias y á los exclusivismos de sistema. La estatua griega continuará siendo el prototipo y el anhelo de la plástica, sin que olvidemos por la forma, el pensamiento: Victor Hugo lo dijo en fórmula concisa, pero admirable, dirigiéndose á un consumado artista:

«La forme, ó grand sculpteur, c'est tout, ce n'est rien.  
Ce n'est rien sans l'esprit; c'est tout avec l'idée.»

Concluyendo, Señores Académicos: Dicho esto y expresándoos en esta solemne hora de mi vida literaria, la gratitud inmensa que llena el pecho, dejo cumplido el precepto de vuestro Reglamento y hecho notorio en cuánto estimo la distincion honrosa con que liberalmente me habeis favorecido.

FRANCISCO M. TUBINO.

---

## A MI PATRIA

LA MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE MONTILLA.

---

Ulía famosa, monte peregrino,  
emporio de bellezas y blasones,  
cuna inmortal de bravos campeones,  
de ilustres génius Partenon divino.

Al encontrarte Cueyo en su camino (1)  
vió cejar sus beligeras legiones,  
y de César izando los pendones  
ajigantastes el triunfal destino.

Jurado escribe tu brillante historia,  
su fama Barrios te legó en poesia,  
Gonzalo te ilumina con su gloria  
como sol de la hispana valentia,  
y el gran Solano, santidad notoria,  
tu nombre traza en la region del día.

JOSÉ DE GUZMAN EL BUENO Y PADILLA.

---

(1) En el año 708, de Roma, la Ciudad de Montilla, antes Ulía, siguiendo la voz de César resistió ventajosamente el sitio que le puso Cueyo Pomp eyo, hijo del Gran Pompeyo

---

## LAS ENFERMEDADES DE SANTA TERESA.

---

•El histerismo es por excelencia la enfermedad del desórden. •

(Monneret.)

Hoy que el fanatismo procura, por medio de romerías y de exageraciones absurdas, realzar la memoria de la pecadora Teresa de Ahumada, generalmente conocida por *Santa* Teresa de Jesús, vamos á ofrecer al público español un capítulo de una obra nuestra inédita (1) sobre aquella monja descalza, cuyos éxtasis, arrobamientos, milagros y santidad nunca podrán ser admitidos por la razon y la lógica.

Punto principalísimo es, en el estudio de la vida de Teresa, decimos en nuestro libro, el de sus enfermedades, puesto que ellas desempeñaron gran papel en el organismo de la pretendida *Santa*, y es preciso hacer un estudio minucioso, en cuanto nos sea dable, de cada una de ellas, para que no se tomen luego por exageraciones malévolas nuestras deducciones lógicas, precisas, claras.

Sabido es que la verdadera medicina estaba en su infancia en España por los tiempos en que vivió Teresa de Jesús. Algun que otro médico notable brillaba, por su saber ó por su acierto, en curar determinadas enfermedades, en casa de los grandes ó en los palacios de los príncipes ó de los reyes; pero en general nuestra pátria carecía de buenos profesores de medicina. Enfermedades que luego los adelantos científicos han clasificado, modificado ó hecho mas llevaderas, no encontraban entonces remedio en los diagnósticos de los alumnos de Hipócrates. Las afecciones al corazón, las convulsiones, los vértigos, la

---

(1) Teresa de Jesús la visionaria.

melancolía en todos sus grados, se recurria entonces para su extirpacion, ó suavizar al menos sus perjudiciales influjos, antes al escapulario, á la señal de la cruz, á la aspersion del agua bendita, á los padre-nuestros y ave-marias, á las reliquias de algun santo, ó á la intercesion del benéfico angel de la guarda, que al médico, cirujano ó físico que en aquellos tiempos le llamaban.

La demencia, sabido es como se curaba. Si tenia el pobre enfermo la suerte de no padecer accesos demasiado coléricos ó extravagantes, todo lo que podia esperar era estar encerrado hermeticamente en una jaula de hierro. Si el paciente era loco rematado, como suele decirse, allá le esperaban las estúpidas correcciones de algun ignorante mozo, quien se encargaba de concluir con la enfermedad y con el doliente á fuerza de continuos latigazos. La casa de Orates mejor instituida en aquella época de obcecacion, era la del Nuncio en Toledo, y notorio es á las personas ilustradas, que el trato que allí se daba á los albergados por necesidad ó á la fuerza, no tenia nada de edificante ni de benévolo.

Nuestro siglo, que en todo ha superado á los anteriores, ha sabido establecer en España una casa modelo en este género, para eterna mengua de la edad pasada y de sus médicos, quienes no comprendieron que la locura se estirparia mejor con dulces tratamientos que con procedimientos brutales. Cervántes, que en esto como en todo, pensó siempre con la inteligencia de los siglos libres, de los siglos de ilustracion, de los siglos de adelantos morales ó materiales, ya indicó ingeniosamente en su época que era un contrasentido el modo de curar la demencia que tenian los médicos sus contemporáneos.

El establecimiento de S. Baudilio de Llobregat en Barcelona da la razon á Cervántes, y es un acta de acusacion lanzada contra esos facultativos que algunos decantan tanto en los siglos XV y XVI, creyéndolos otros Galenos ó Esculapios, cuando en realidad solo eran sábios en el camino de las rutinas.

La histeria ó histerismo, que generalmente la llamamos, era una enfermedad que pocas veces acertaban á curar, ó que por rareza comprendian los médicos de aquella época, fanáticos en cierto modo como los clientes que los favorecian, como los pueblos en que se hallaban, como los príncipes que les otorgaban.

su proteccion, ó los confesores y monjes que los embaucaban con sus delirios. Afeccion el hysterismo que estriba muy especialmente en una enfermedad del útero y del ovario, por mas que otros autores atribuyan la causa de este desorganizador padecimiento, y coloquen su asiento en el sistema nervioso-cerebro-espinal, eran demasíado pudibundamente hipócritas las costumbres de aquella edad, para que los profesores de medicina pudieran decir francamente (caso de saberlo) á las pobres atacadas, dónde estaba el origen del mal que sufrían, cuál era su principal motivo, de qué modo se habia presentado en ellas el fuego de la histérica destruccion, y de qué forma podían hallar el deseado remedio.

Ultimamente se ha sostenido (con razon á nuestro entender) que la continencia, forzada ó no, produce en los organismos delicados el hysterismo, citándose ejemplos de mujeres que lo han padecido en la época de su pubertad, asi como es muy frecuente en las esposas del Señor, y en las viudas. Admitido está tambien que no se muestra esa enfermedad sino por rareza en las mujeres casadas.

Y he aquí por qué motivo esta enfermedad, caso de ser conocidos sus efectos, no podia ser curada en aquella época.

¿Qué doctor ó físico, ó como quiera llamársele, se habria atrevido á declarar entonces á la paciente, con lisura y llaneza, el remedio que necesitaba? ¿Podia decir un médico á una recatada doncella de aquel tiempo, fanatizada por la religion, que si entraba en el caustro sus males acrecerian, su desórden físico tomaria doble incremento, y su vida seria un constante período de delirios, de tentaciones y de amores exagerados, que concluiria por un desarreglo total y por una aguda enfermedad *religiosa*? ¿Se hubiera aventurado un doctor, aunque hubiera sido el mismo divino Vallés, á decir á una monja que sus éxtasis, que sus apariciones, que sus ridículas teomanias, solo se fraguaban en el arsenal de su contrariada voluntad física? ¿Hubiera osado el profesor mas ilustre de la Universidad de Salamanca persuadir á una viuda, á quien el hysterismo habia hecho caer en la tentacion de tener siempre el rosario entre sus dedos, que era preciso que saliese de aquella somnolencia sagrada en que quedara como sumergida?...

De este modo sucedia, que unas veces por ignorancia de los

médicos contemporáneos, otras por condescendencia nunca bien reprendida, y algunas por falta de personas que supieran algo de medicina en determinados pueblos ó comarcas, las enfermedades se clasificaban, curábanse ó hacíanse mas ó menos pasajeras, mas ó menos graves, segun el espíritu de supersticion predominante en cada localidad, en cada casa ó en cada familia.

¿Atacaba á una doncella que deseaba entrar monja un terrible síncope?... Pues esto bastaba para que, viéndola inmóvil el físico de la aldea, y notando que volvía en sí muchas horas despues, aseguráse que debía haberse estado recreando con el que iba á ser su regalado esposo, el resplandeciente Jesucristo, sino era que la ya presunta *Santa*, adelantándose cuidadosamente, sostenía haber visitado las oscuras mansiones del Tártaro y las alquitranadas regiones del Averno, sin dejar de haber visto en toda su gloriosa esplendidez á cada una de las personas de la trinidad beatífica.

¿Estaba acometida esta ó la otra abadesa de una agudísima histeria? ¿tenía en desarreglo sus facultades sensoriales? ¿no procedía lógicamente en sus acciones y obras?... Pues era que Dios la favorecía en extremo, que era una predilecta hija del Altísimo, que no pertenecía á este mundo, que se hallaba en comunicacion directa con el cielo, que volaba sin alas, se mantenía sin comer, descansaba sin dormir, y que estaba, en fin, reclinada en un hermoso, sabrosísimo y deliciosísimo éxtasis.

¿Se desmayaba en público una monja? Era que Dios quería ensalzar manifiestamente á su sierva. ¿Se caía por una escalera? Era que el demonio la tenía envidia y procuraba su mal. ¿Se la perseguía como farsaria? Era que Dios quería probar los quilates de su constancia. ¿Gritaba, saltaba, decía frases inconexas, tenía desencajados los ojos, crispados los nervios, titilaban sus dientes? Pues esa pobre mujer era una energúmena, y á la Inquisicion con ella, que allí sabrían curarla radicalmente, aplicándole el usual y estúpido remedio de la hoguera.

¡Tal era el triste, tristísimo papel que la medicina representaba en los tiempos de Carlos V y de Felipe II en la nacion española!

Y estas consideraciones, que tan aplicables son á la atrasada situacion de la ciencia de Mercurio en las grandes poblaciones, tórnense sumamente desconsoladoras si nos concretamos á lo

que pasaba en las pequeñas ciudades, en las villas, aldeas y caserios de la nación que en dos mundos imperaba.

En las capitales de primero, y aun de segundo orden, que ahora llamamos, todavía solíanse encontrar, si no Vallés divinos, ni eruditos Lagunas, ni Huertas ilustrados, al menos adocenados físicos, que aunque no sirviesen mas que para acrecer el número de la mortandad, pasaban con todo por médicos; pero en las poblaciones mas inferiores y especialmente en aquellas provincias de España donde hay tantos pueblecillos como familias, la existencia de la medicina era tan imperceptible, que casi no se notaba su vitalidad. Sucedia generalmente en esos pequeños centros de poblacion, que los zahories, las mellizas, las hechiceras, y algun que otro sangrador ó cirujano del pueblo, se encargaban de desempeñar, aun en las mas agudas dolencias, la sagrada mision con que debiera cumplir un ilustrado y práctico profesor médico.

El resultado de esto estaba patente. En esos pueblos á que hacemos referencia, las enfermedades se curaban, no por idoneidad médica, sino por feliz casualidad.

Nosotros, en un reciente viaje, hemos tenido ocasion de observar cuán tardio se presenta el progreso en algunos pueblos de Castilla la Vieja. Hemos recorrido las provincias de Avila y Soria, y prácticamente podemos afirmar que la medicina ha adelantado bien poco en aquellas comarcas españolas. Particularmente en los pueblecillos todos que hemos visitado en la provincia que encierra las ruinas de Numancia, hemos notado unas costumbres patriarcales ridículamente exageradas, una supersticion demasiado inexplicable ya hoy, un ascetismo que raya en locura en algunas familias, y un sistema curativo que nos hizo recordar muchas veces á aquellos profesores á quienes Tirso, Lope de Vega y el autor de *Gil Blas de Santillana* saben dar, en sus composiciones dramáticas y en sus sátiras, el merecido premio de su ignorancia.

Alli no predominan, ni tal vez se conocen (seguimos hablando de las aldeas, villas y pequeños centros de poblacion) los sistemas alópata y homeopático. Alli se asiste por casualidad, se acierta con la enfermedad por fortuna, y se curan muy pocos padecimientos como tengan el menor carácter de gravedad ó exijan grandes desvelos por parte de la ciencia. Alli, por úl-

timo, los médicos, caballeros en algun elevado mulo ó en algun trabajado rocin, tardan horas y horas para llegar á la casa del paciente, no siendo raro que encuentren en la eternidad á aquel enfermo á quien iban á ofrecer, nada diligente, sus necesarios servicios.

Aplicable es lo anterior á los pueblos de la provincia de Avila que hemos recorrido.

Si la medicina, pues, se encuentra hoy, es decir, en el último tercio del siglo XIX, en aquellas provincias españolas, tan lamentablemente retrasada, ¿cómo no se hallaria! en los tiempos de *Santa* Teresa, esto es, en los comienzos de la edad moderna? Téngase esto muy presente, porque ha de servirnos bastante para resolver el problema de las enfermedades de la monja de Avila, de lo cual vamos seguidamente á ocuparnos.

Algunos descontentadizos no llevarán á bien que pretendamos hacer estribar todas las exageraciones religiosas de Teresa, en sus padecimientos físicos, y tal vez no falte quien nos moteje por querer propagar estas nuevas ideas, cuando tan admitido ha estado hasta ahora lo que han tenido á bien referirnos los cronistas de la pretendida *Santa*. Pero lo mismo las palabras de los unos, como las críticas de los otros, serán siempre altamente extemporáneas.

Ni pretendemos hacer odiosa á Teresa de Ahumada como monja, ni queremos ofrecerla al criterio del lector como un mónstruo de perversidad, ni deben achacarse á crítica apasionada nuestras observaciones.

En la cualidad de mujer prudente y mesurada, quisieramos encomiar á Teresa: en la cualidad de fundadora, anheláramos sublimarla; en su cualidad de mujer ambiciosa y de pasiones fuertes, la encarecemos; pero para ser justo, es preciso que no dejemos pasar desapercibido ninguno de los pormenores que nos puedan descifrar el enigma de su vida, que puedan ofrecernos el misterioso hilo de sus arrebatados actos, y que pueda presentarnos, tal cual ella fué, por medio de un exacto ensayo esterotípico, la imágen real de su existencia borrascosa.

No vamos, como algunos opinarán, á formar un catálogo de enfermedades á nuestro capricho para explicar sus sobrenaturales actos; no: lo que vamos á hacer es á patentizar las causas de sus padecimientos cerebrales y nerviosos, á demostrar

qué crédito merecen sus delirios, y á manifestar, de un modo terminante, que *Santa Teresa* sufría cruelísimos males físicos. No partimos de nuestra voluntad exclusiva para luego establecer caprichosamente un principio: el principio de la afeccion ó afecciones de la monja: indagamos primero el motivo, y despues sentamos la deducccion. Nadie, pues, podrá censurarnos con justicia al proceder asi.

Algunos historiografos sagrados, entre otros el P. Rivera, tratan de sostener que Teresa de Ahumada no padecia enfermedades de esas que pueden poner en duda la certeza ó la eficacia de las revelaciones y arrobamientos; pero como que solo emittian una falsedad para cimentar sobre ella el deleznable edificio de sus exageradas creencias religiosas, de aquí que ellos mismos se contradigan, ó queden refutados por la cándida confesion, de la *Santa* madre ó de algun no tan cuidadoso cronista.

Asi notamos una contradiccion evidentísima entre Rivadeneira y Rivera, jesuitas entrambos. El primero atestigua que Teresa de Ahumada estaba cargada de enfermedades, porque era muy molestada del mal de corazon, del dolor de ijada, y de perlesia y otros achaques, y que por espacio de cuarenta años sufrió graves padecimientos y continuos dolores, «nacidos de tanto desconcierto y desproporcion que tenia en los humores.» El segundo sostiene, si bien luego se rebate él mismo lamentablemente, que Teresa tenia un muy sano y agudo y asentado juicio, una muy alegre y apacible condicion y una complexion muy buena.

Ya decimos que el jesuita Rivera se refuta luego á sí mismo, escribiendo en otro capítulo que la madre padeció desde sus mocedades grandes enfermedades. Pero aun cuando no lo hubiera confesado, el estudio que hemos hecho de los escritos de Teresa, y de los á ella concernientes, hubiera patentizado la razon con que sostenemos, que multitud de padecimientos, á cual mas agudos, torturaron aquella delicadísima complexion física.

La afeccion mas grave que padeció la *Santa* fué esa terrible neurosis, tan poco conocida entonces, y que llamamos hoy el histerismo. Vamos á presentar los datos en que apoyamos nuestra asercion.

No hay uno de los síntomas de la enfermedad que padeció

Teresa, y que no supieron nombrar sus cronistas, ó por ignorancia ó por malicia, qua no esté conforme con lo que los autores de patologia dicen del histerismo. (1)

Segun éstos, son preludios ó anuncios de esta terrible neurosis, dolores de cabeza, vértigos, vómitos, manías, jaquecas violentas, irritabilidad, ganas de llorar, melancolia, curvatura, calambres, sueños agitados, y otros desarreglos físicos funestos. Era idénticamente lo que pasaba á Teresa en todos sus accesos, y especialmente cuando su enfermedad se habia hecho crónica.

La misma monja, en uno de sus papeles, escrito á cierto confesor, asegura que la acometian muchas veces flaquezas que la impedian dedicarse al rezo ó á la oracion (2); que en ciertos casos la acometia la tentacion de no tratar con nadie (3); que *lloraba harto* y se entristecia mucho (4); que en muchas ocasiones se le figuraba que no podia resistir á la murmuracion y tentaciones del mundo, y se queria esconder donde nadie la viese (5); que en determinados momentos queria reñir con todos los que la contradigieran (6); que los males la acometian en tropel, y especialmente las convulsiones y los desmayos. (7)

Ademas, sus biógrafos nos ofrecen otros datos, y nos corroboran mas y mas en la idea que tenemos formada sobre la afeccion principal de *Santa Teresa*.

Ellos nos dicen que, desde su mocedad, habia tenido la pretendida *Santa* vómitos continuos, si bien despues no le quedaron mas que los de la noche (8); que en ciertas ocasiones le daba un temblor recio en la cabeza y en los brazos (9); y que sufría muchos desasosiegos y pesadillas durante dormia (10).

(1) No se necesita haber observado muchas histéricas—dice un autor—para saber que la inteligencia está siempre alterada, y que la neurosis es tanto cerebral como convulsiva.

(2) Dolores de cabeza: debilidad: jaqueca violenta.

(3) Manías: antojos.

(4) Ganas de llorar: melancolia.

(5) Monomania.

(6) Irritabilidad.

(7) Curvatura: vértigos: convulsiones.

(8) Vómitos.

(9) Calambres.

(10) Ensueños.

Vemos, pues, que segun se desprende de las textuales palabras de la misma *Santa*, de sus historiadores y elogiantes, Teresa tenia en sí todos los síntomas de la histéria.

Desde su pubertad apareció con intensidad esta afeccion en la monja, despues de sus probables contrariedades amorosas, una de las causas ocasionales del histerismo, segun el ilustrado y facultativo escritor francés Mr. Monneret.

Este mismo autor dice en su obra, que á veces el corazon se contrae en los histéricos de tal modo, y con una tan pronunciada debilidad que sobreviene una lipotimia, en apariencia mortal. Que esto fué lo que sucedió á la *Santa* cuando su entrada en el convento de Avila, nadie podrá negarlo.

Como que lo que indujo á *Santa* Teresa á meterse monja no fué mas que su desventura en los amores, y aquella monomania que, una vez despreciada del mundo, la convirtió en lectora é imitadora de vidas de santos, añadiendose á esto el desarreglo físico que á causa de la histéria la acometió no bien pudo ser conceptuada como púber, todos los males inherentes á tan desorganizadora afeccion se recrudecieron desde el momento mismo en que, para olvidar las cosas de la tierra, solo procuró mirar extática las cosas del cielo. Por eso, en el primer año que estuvo en la Encarnacion de Avila, como periodo de prueba, como tiempo de expiacion, que le recordaba sus ilusiones mundanales de antes, y le ponía en su presencia, como para torturar su alma, los desengaños presentes y las nebulosidades no muy halagüeñas del porvenir, sufrió indecible y horrorosamente. Las enfermedades que le eran como innatas, tomaron incremento entonces: tenia recios desmayos; el mal de corazon, las palpitations, la lipotimia ó la casi pérdida del conocimiento la acometieron con gran frecuencia y furor.

Y á tanto llegó la intensidad del mal, que el padre de la presunta *Santa*, viendo á su hija tan agobiada por las enfermedades, y despues de haber experimentado que los médicos de Avila eran impotentes para ofrecèr remedio á éstas, tomó por cosa prudente sacar á Teresa del monasterio y llevarla á un lugar llamado Becedas «donde habia (dice con mucha gravedad un gravísimo cronista) una mujer que curaba muchas enfermedades.»

La curacion se llevó á efecto, segun tenemos entendido, con lo que la ciencia médica quedó bien malparada; pues el fanatismo y la credulidad en bagatelas de aquella edad llegaba á tal punto, que ni los médicos (si los habia) osaban decir la verdad, ni los padres, hermanos ó familias comprendian que aquellas pobres mujeres curanderas, no eran mas que miserables embaucadoras y bellacas.

Recordamos esto, para que se vea que lo dicho antes, al ocuparnos de la medicina en general, y en particular de la que se practicaba y aun se practica en Castilla la Vieja, no se funda sino en la verdad mas estricta y en los mas detenidos estudios sobre asunto tan enojoso.

Tres meses parece ser que estuvo la fundadora en cierne curándose en Becedas, y al cabo de ellos, durante los cuales seria de ver los procedimientos anti-honestos á que recurriria la curandera para dejar bien puesto su nombre entre los necios, dióla por buena; pero, ó sea que la especie de Hipócrates con saya no dijera la verdad, ó que la enfermedad que padecia Teresa no se curara con drogas, ello es lo cierto que, al poco tiempo de haber vuelto á Avila, sus padecimientos se agravaron como antes y los médicos la desahucieron.

Cuéntase que por entonces, y una noche (la de nuestra Señora de Agosto) la dió un parasismo tal y tan largo, que estuvo cuatro dias sin sentido y como muerta. Infiérese que seria un agudo ataque de síncope, que pudo degenerar en un ataque de catalepsia. Sabido es que el letargo producido por un síncope en los histéricos, dura varios dias, y exige por parte del facultativo cuidados muy especiales. No hay duda de que, si un buen médico hubiera asistido desde que se inició el síncope á la monja, no hubiese estado por espacio de tantas horas sumergida en un entumecimiento fatal; pero, como que los facultativos, en vez de aplicarla remedios, ó conocer la enfermedad, decian que se le administrase la extrema-uncion, que estaba moribunda, sino muerta, de aqui que era demasiado dificultoso curar á la *Santa* vírgen.

Y la hubieran enterrado viva, porque amortajada estaba ya, y cubierto el rostro de cera, y rodeada de blandones y de lloronas religiosas, si su padre no lo hubiera impedido, sosteniendo que su hija no estaba muerta; porque Rodrigo de Ce-

peda era persona «muy entendida en esto de pulso,» al decir de algunos historiógrafos.

Este es otro triste ejemplo que pone á la vista de todos el pobre papel que la medicina representaba entonces en España. Era preciso nada menos, que un profano en la ciencia de curar digera que no se debia dar por muerta á tal ó cual persona para que no la enterrasen viva.

Podemos aun ofrecer un ejemplo mas. Una vez que la madre, á causa de cierto desmayo se cayó de una escalera, acaecimiento que los supersticiosos y los hombres de buena fé achacaron al demonio, se le descoyuntó un brazo, el izquierdo. Pues bien; en vez de llamar á un médico que se lo hubiese inmediatamente entablillado, sus religiosas lo tuvieron por imprudente, y esperaron algunos dias á que llegara una mujer natural de Medina del Campo, ó cerca de aquella villa, para que curase á la madre. La referida mujer «tenia esa gracia» al decir de un cronista.

Llegó en efecto la curandera; pero tan tarde y á tan mala hora, que Teresa quedó desde entonces manca. Bien es verdad que sufrió la cura que la embaucadora le propinó, haciéndola sufrir grandes y horribilísimos dolores; porque quedándose sola con la madre y una labradora de rejos en la celda, empezaron á tirarle del brazo las dos con tanto vigor y fuerza que la «choquezuela del hombro» segun la frase técnica del doctor teólogo D. Francisco de Rivera, dió un descomunal estallido.

Y aqui tenemos á la pobre monja Teresa acometida de una enfermedad tan rebelde como la histéria, que cada vez se fué agravando mas á causa de sus desarreglos imaginativos, sin poder ser curada por los médicos.

Teresa de Ahumada hubiera podido encontrar alivio en su cruelísima dolencia, si hubiese habido entonces un facultativo ilustrado que cumpliera con su sagrado deber, y sino hubieran reputado los padecimientos de la *Santa* como enfermedades fuera de los naturales términos. Con un tratamiento prudente y adecuado por parte de la ciencia, Teresa de Jesús no hubiera ofrecido á la nacion española un espectáculo grotesco y al mundo el ejemplo de una aberracion social. Sabemos que no con medicinas se curan las afecciones que proceden del

histerismo; pero comprendemos tambien que por medio de un sábio procedimiento como el que emplean con éxito los facultativos de nuestra edad, el histerismo de la *Santa* tal vez hubiese llegado á extirparse en todo ó al ménos en gran parte.

Una asiduidad exquisita en el profesor; una tendencia constante á modificar, á cambiar, por decirlo asi, los hábitos físicos y morales de la enferma; un persistente designio por hacer entrar á la doliente en un sendero de prudencia, apartándola de la exageracion ó de los delirios; una expresa prohibicion de permanecer en la inaccion ó sostener siempre el espíritu en un período de agitacion material ó moral; y una abstraccion completa de todo régimen de vida contemplativa... he aqui los procedimientos empleados hoy ó aconsejados por los autores patológicos mas ilustres para la extirpacion de la histeria con general y plausible éxito.

Por no encontrar un médio Teresa que la desengañara, y por dejarse guiar del empirismo de su época y de la vocingleria de las mujeres curanderas, fué toda la vida de la monja un compuesto de ridiculeces y de tentaciones impuras, que siempre concluyeron por aniquilar sus débiles fuerzas físicas. Compadecemos á esa pobre religiosa cuando comprendemos á qué grado de exaltacion haria subir su fantasia sus comprimidas mundanales pasiones. Cuando Teresa de Ahumada, revestida de una naturaleza fragil como la de todos los mortales, era acometida de un acceso vehemente de histeria, intolerables serian los padecimientos que la torturasen. Allí se le representarían las imágenes mas deshonestas y repulsivas. Allí se congregarian todas las mas excitantes tentaciones para asaltarla como en tropel, la incontinencia, el recuerdo de lo pasado, el lamento de un amor no conseguido, la fiebre mundanal, el frenesí de los vicios mas reprobables.

Y si se nos dice que la enfermedad de Teresa no era el histerismo; si asi se nos demuestra, lo cual creemos dificultoso; si admitimos en hipótesis, y solo en hipótesis, que el histerismo no era el padecimiento primordial, la afeccion mas destructora de la monja de Avila, habrá que convenir en que el mal que agobiaba á Teresa, á todas horas y en todos momentos, era ese desarreglo del sistema nervioso que llamamos la alu-

cinacion. Para nosotros es lo mismo. Tratamos de patentizar que las visiones, revelaciones, éxtasis, raptos y demas actos sobrenaturales de la religiosa abulense, tienen mucho de risibles, de vulgares y de falsos, y para demostrarlo asi, tanto nos importa que se nos conceda en principio que la enfermedad crónica de Teresa era la histéria, como que se nos trate de persuadir que era otra cualquiera. Examinemos pues ahora la alucinacion. Ella produce tambien todos los efectos mas que naturales de que nos hablan los cronistas de la *Santa*.

Y ¿qué es la alucinacion? Es, como están contestes en afirmar la mayor parte de los escritores médicos, un trastorno intelectual, caracterizado por una percepcion falsa que hace creer evidente una sensacion que no existe.

Desde luego que la alucinacion existe tambien en la histéria, porque esta enfermedad se complica con muchas otras, y muy especialmente con todas aquellas que afectan al sistema nervioso; pero ahora vamos á considerar separadamente la alucinacion, y vamos á ver cuán perniciosos son los efectos que puede causar en el organismo en que se aposenta.

Notorio es para las personas ilustradas, que esta enfermedad, asi puede tomar su asiento en los sentidos externos como en los internos, siendo la vista y el oido á los que mas afecta. Que esto es verdad, lo corroboran aquellas apariciones de demonios que tan frecuentemente tenian algunos santos de la Edad média, quienes, en fuerza de vivir en el reino de las alucinaciones no solo veian á sus constantes perseguidores, los diablos, sino que escuchaban distintamente tambien la algarabia y el tumulto de los ángeles precitos. El alucinado cree oir la voz de Dios, de un arcángel, de algun demonio familiar, de cierto ó determinado espíritu que le ordena tal ó cual obra, ó le induce á este ó estotro hecho, ora grande ó pequeño, digno de encomio ó merecedor de desprecio. El alucinado, pues, es la imaginacion creadora por excelencia. Palacios, templos; cielos, infiernos, purgatorio; hermosura, perfeccion, divinidad; excelencia, castigos, goces; lamentos, felicidades; regalos, asperezas; temor, osadia, desprecio; lubricidad, orgullo, riqueza, pobreza, mezquindad; exageracion, fausto; todas las virtudes y todos los vicios; lo concreto y lo abstracto, lo moral y lo material, lo espiritual y lo simbólico, todo invade tumultuaria-

mente la calenturienta imaginacion del enagenado. Ya se creará santo, ya condenado, ora inspirado profeta, ora ignorante mortal. ¿Qué otra cosa pasó á *Santa Teresa*?

No era loca la monja de Avila, nó; no diremos jamas tal cosa. Pero segun la ciencia médica presente, mucho mas benefícosa á la humanidad que la pasada, las facultades cerebrales de la *Santa*, excitadas fuertemente por un trabajo imaginativo de larga duracion, por una pasion viva ó una percepcion insólita y violenta, podian y deberian producir, durante un sueño agitado, ó tambien estando despierta, y en total integridad de su razon, una ó varias alucinaciones, las cuales estarian en relacion directa con el género de ocupaciones á que dedicaba su atencion y su inteligencia la pobre alucinada monja.

Un distinguido escritor de patologia hace la siguiente observacion:—«Las personas debilitadas en un grado extremo por la dieta voluntaria ó involuntaria, son presa de las mas singulares alucinaciones. El extático, macerado por el ayuno y el sufrimiento, ve á la Vírgen y da crédito á todos los milagros: el náufrago describe tierras fértiles: el convaleciente una mesa bien servida, y percibe el olor de manjares sabrosos: finalmente, al que se muere de hambre, le saltan alucinaciones de todo género, ora penosas, ora agradables, que contrastan con su triste posicion.»

¿Y no se ven en los anteriores lineamientos los síntomas, hasta cierto punto, de la enfermedad alucinatoria de la monja? Aquella mujer, atormentada constantemente, en el infierno de sus padecimientos, no podia por ménos de tener alteradas sus facultades sensitivas. Entregada á la lectura de los libros de santos, quiere imitarlos; y es tal la alucinacion que esto produce en ella, que, impulsada por los desórdenes de su histéria recrudescida, procura dar, ó da ciertamente, formas, nervios, sangre y vida, á sus mas ó menos exageradas y ridículas fantasias.

En vez de seguir un prudente sistema curativo, se entrega á la mania de no comer, á la monomania de no dormir, al delirio de no querer escuchar la voz de las personas sensatas; y el resultado era indudable: su mal imaginativo creció por momentos, y, complicándose con las demas enfermedades que la conturbaban, hizo de ella la mujer mas miserable del mundo.

· Para que se vea hasta qué punto dominaban en Teresa las alucinaciones, vamos á mencionar en breves palabras un suceso. Cuéntase que cuando la madre fué á fundar el monasterio de Sevilla, estando cierto dia solazándose acaso con sus monjas en un gran campo junto á la venta de Alvino, quedaron sorprendidas ante una pendencia que suscitaron algunos soldados y gente desgarrada, quienes, agitando sus cuchillos, trataban de darse muerte. Las benditas monjas hubieron miedo del lance, y se acogieron en derredor de la pretendida *Santa*. Esta dijo entonces á los combatientes:—«Hermanos, miren que está Dios aqui que les ha de juzgar.»—Y cuéntase que en aquel mismo momento se hundieron todos, aunque no se sabe el sitio donde, y nunca mas fueron vistos.

Alucinacion fué esta verdaderamente curiosa; pero que era muy posible dado el trastorno psiquico ó cerebral que padecia la *Santa*. Fíjese bien la atencion en el caso, y se verá cuanto tiene de absurdo, y sobre todo de chistoso.

La desaparicion momentánea de aquellos hombres, se explica, no por ningun hundimiento, ni cosa parecida, sino de un modo muy natural. La venta, cerca de la cual contendian los soldados y la gente desgarrada, podia estar en un bajo, relativamente al lugar donde la madre se hallaba con sus religiosas.

Pues bien; en este supuesto, al oir los que se acuchillaban los gritos de las religiosas y las palabras no muy inteligibles y ásperas de la madre, hubieron de creer que estaba en persecucion suya la justicia; y, para evadirse del peligro, dando la vuelta á la venta, desaparecerian (NO SE HUNDIRIAN) para refugiarse cada cual donde creyera encontrarse mas seguro.

Una pobre alucinada como Teresa se vanagloriaria de relatar el hecho á los supersticiosos, para que éstos afirmasen que al impulso de su poderosa tremante voz habian ido aquellos infelices á pagar sus delitos al infierno: una persona cualquiera que tuviese sentido comun, explicaria el enigma del hundimiento, de la misma sencilla manera que nosotros lo hemos hecho.

Tenia contra sí tambien la pobre monja otra enfermedad perjudicialísima. Nos referimos á la melancolia, esa enfermedad del ánimo, que es poderosa á destruir la mejor y mas sa-

na complexion física. Aunque no hubiera sido mas que como consecuencia precisa de su padecimiento primordial, la afeccion histórica, aquel mal moral hubiese minado su existencia; pero como que á ello se unian las condiciones especiales de carácter, de escentricidad y de monomania de la *santa*, la melancolia se mostró en ella con una intensidad indecible. Los efectos que produce esta enfermedad en el acometido, y mas si está dominado por las alucinaciones religiosas, son gravísimos.

Médicos muy ilustres aseguran que los melancólicos suministran ejemplos numerosos de desarreglo en sus facultades, que frecuentemente se asocia á la lipemania. Ideas religiosas falsas ó imaginarias (que era precisamente lo que pasaba á la autora del *Camino de la Perfeccion*) llevadas al extremo se apoderan de los enfermos; y entonces el nombre de enagenacion alucinatoria, puede tan solo convenir para designar las prácticas excesivas de una religion exagerada, el ascetismo, la vida contemplativa y el éxtasis.

Nadie pondrá en duda que la teomania y la lipemania embargaban tanto las facultades de Teresa como la monomania sensorial.

*Santa* Teresa era una mujer asaltada de achaques, irascible, de atrabiliaria complexion, como se deduce de lo que escriben sus cronistas, por mas que traten de ocultarlo; y sus mismas enfermedades le hacian caer en una excentricidad solitaria, tan ridícula como reprehensible.

Para comprender cuán sobreexcitada estaba siempre su imaginacion, bastará recordar lo que cuentan algunos de sus historiadores, de que cierta noche (noche de todos los Santos era) hallándose Teresa con una su hermana en Cristo en Toledo, estuvo á punto de que le diese un deliquio ó síncope, porque estaban doblando todas las iglesias con motivo de ser víspera del dia de las ánimas, y «el ruido era tan grande y tan triste (dice un escritor) que ayudaba harto para la flaqueza del corazón.»

La madre era tambien tan meticulosa en presencia de un cuerpo muerto, aunque fuera glorioso, que como se hallase sola con él, al momento se le declaraba ó un parasismo, ó una convulsion, ú otro semejante accidente.

Su imaginacion enfermiza le hacia incurrir algunas veces (si ya no era preparacion misteriosa para ganar hipócritamente renombre) en acciones y desmayos groseros. Ella misma se vanagloria en decir que, estando cierta noche con todas sus religiosas en un convento, dijeron un cantarcillo de como era *recio de sufrir, vivir sin Dios*; y como ya estaba con pena, esto es, como ya la asaltaban ciertos síntomas de uno de sus continuos ataques de histéria, de alucinacion ó de melancolia, fué tanta la operacion que hizo en ella el estribillo, que comen-zaron á entumecersele las manos, y quedó como enagenada y arrobada; pero con una convulsion tan fuerte y dando gritos tan desconcertados, que, las pobres religiosas, llorosas y asustadas, dejaron de regalarse con sus dulcisonos cantos y llevaron á la madre al lecho, donde, muy á duras penas, consiguieron moderar sus bruscas sacudidas, y hacerla volver en sí.

Tal seria la convulsion de la bendita monja en aquel momento, que ella misma asegura le quedó el cuerpo tan quebrantado que no pudo escribir ni hacer nada por espacio de algunos dias; pues sus manos las tenia como descoyuntadas y con un dolor muy grande.

Aquel recio desmayo podrán atribuirlo la *Santa* y sus biógrafos religiosos á un intenso amor de Dios, que le hizo perder el sentido y dejarla tan malparada; pero la ciencia médica no ha podido antes, ni podrá nunca, explicar ese trastorno ó vértigo de la madre sino del modo natural que debe hacerse, teniendo en cuenta sus sobreexcitaciones nerviosas; ademas de que es algo dificultoso, y muy repelante para las almas sensibles, eso de admitir que el Señor regale á sus siervos de un modo tan poco dulce como á golpes y á marronazos. El popular refran de *porque te quiero te aprieto* no parece sério aplicarlo al caso que nos ocupa.

Otros muchos ejemplos pudiéramos citar (apoyándonos en lo que nos dicen la *Santa* misma y sus historiógrafos) para confirmar mas nuestras observaciones anteriores; pero entendemos que es inútil, ya que no ocioso, porque siempre vendriamos á sacar en consecuencia que las enfermedades de Teresa eran gravísimas, y que antes que atribuir las á regalos del divino esposo, hay que conceptuarlas como producto legítimo de su rebelde, nerviosa, sobreexcitada y antojadiza naturaleza.

No hay, pues, que explicar como milagros ó portentos lo que no lo es ciertamente: no hay precision de alterar los hechos. Las visiones, revelaciones, raptos y profesias de la *Santa*, nos las explica perfectamente la ciencia, sin necesidad de recurrir para nada á la fé.

La falsedad entraba por mucho en todo lo que hacia, escribia ó creia soñar Teresa. Penetrada ésta de que, acometida por enfermedades continuas, podia sostener por largo tiempo la fábula de sus muchas maquinaciones, siguióla sosteniendo, añadiéndole cada dia un nuevo lazo de falsedad atractiva.

No era que Teresa fingiese sus enfermedades, no: sino que se valió de ellas para sus planes ambiciosos, para sus proyectos imitativos, para saciar su vanidad voluble de mujer histérica.

Estuvo, pues, el mal en que los médicos de aquella época no supieron curarla como debia curarse á una enfermiza embaucadora, y en que la protegieron generalmente en sus descabellados designios y empresas.

En nuestros dias ha aparecido otra mujer en España que pretendia pasar tambien por fundadora de conventos, que ha procurado hacer renovar en estos tiempos la maquinaria de las visiones celestes y diabólicas, y que ha pretendido subyugar á determinadas clases sociales con sus ensueños.

Pero afortunadamente no estamos ya en la época que vivia Teresa de Jesús, y la mal aconsejada religiosa llevó el digno premio de su maliciosa sandez. Los médicos no se dejaron engañar como los que asistian á Teresa, y la novel fundadora vió descubiertas sus supercherias, castigadas, merecidamente por los tribunales sus falsedades, curadas sus seráficas fingidas llagas, patentizados sus delirios, y desnudas, en toda su horrible miseria, sus maquinaciones ante el inapelable, justo, veraz y acertado tribunal de la ley y del derecho, de la ciencia y del público.

Lo que nuestros contemporáneos casi en general, han sabido hacer con respecto á una desdichada priora de conventos del siglo XIX, lo verificamos nosotros en particular con la alucinada fundadora de monasterios en el siglo XVI.

Tiempo era ya de presentar á Teresa de Ahumada ante el público español y extranjero, ante ignorantes y sábios, tal cual

fué, con todos sus defectos, sus enfermedades, su debilidad y sus ilusiones; dejando demostrada la imposibilidad de que su santidad pueda comprobarse ante la razon, ante la lógica y ante la ciencia.

RAMON LEON MAINEZ.

Cádiz, 1877.

---

## TU MIRADA.

---

Si el ave canta en la enramada umbria,  
si gime dulcemente el arroyuelo,  
si sale el sol en el oriente al dia  
y recorre despues el claro cielo;  
si el ruiseñor exhala su armonia,  
si la rosa se eleva desde el suelo  
esbelta, recogida y nacarada...  
es al dulce poder de tu mirada.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

---

## ESTUDIOS LITERARIOS SOBRE LA ALEMANIA

---

### LESSING.

---

#### I.

Si atentos al desenvolvimiento intelectual de Alemania procuramos alguna vez investigar la causa, por sorprender á nuestra atencion su considerable desarrollo, y nos lleva esta curiosidad á levantar una á una las hojas que al misterio pueden cubrir, no lejos de la primera habremos de encontrarla, constituida por la reforma religiosa llevada á cabo en el siglo XV.

Esta reforma por su índole, por su carácter, por su trascendencia, tiene necesidad de ser analizada hasta en sus mínimos detalles; es necesario fijarse detenidamente en cada uno de sus períodos, compararlos con los anteriores y posteriores dentro del mismo pais, y extendiendo luego mas este estudio comparativo, referirlo al estado en que las demas naciones se encontraban y se encuentran con respecto á él, para deducir justamente el general valor del hecho que en la historia se conoce con el nombre de *La Reforma*.

Al caos semejante á lo increado por que la humanidad atraviesa en el período de la Edad-média, sobreviene lo tan justamente llamado Renacimiento: con él, la conciencia que puede extenderse ya con luz bastante á mas extensos círculos, siente necesidad de un mas alla al que le es imposible llegar por las trabas que con la absoluta fé predicada se le ha impuesto. Si Lutero al elevar su voz solo hubiera manifestado deseos de sacudir un yugo que podemos llamar gerárquico, su nombre seria contado entre los de tanto y tanto sectario, cuya

misión se ha reducido á agitar los fondos que nuevamente se han precipitado cuando la agitacion ha cesado; si su predicacion hubiera nacido del despecho natural producido al ver frustrada una ambicion, el tiempo encargado de revelar sus hechos hasta los mas minimos, nos haria comprender que no se le debia el respeto que por á el ser acreedor se le tributa; y si solo á la alteracion producida se le encontrará por base la mala impresion que le produjera la corrupcion de la córte pontificia, podriamos afirmar sin temor de equivocarnos, á pesar de nuestras cortas luces y escasos conocimientos, que no merecia en manera alguna la importancia que se ha dado á un hecho por una simple cuestion de forma. Por esto, no conformes con los pareceres expuestos, que siendo mas hijos del tiempo que de la razon, no pueden satisfacer, hemos de profundizar mas, y á poco que lo hagamos, sin un gran esfuerzo que pueda fatigarnos y sin temor de tocar en la exageracion, lo encontraremos, revelándose al mismo tiempo que su importancia, la justa celebridad que si no hubiera alcanzado mereceria. La Reforma en lo que se refiere á Credo, tiene á nuestro modo de ver menos importancia que en lo que se refiere á destruir un poder autoritario nacido de un error, menos importancia en esto que en lo que se refiere á retrotraer á la sociedad al tiempo de la sencilla moral cristiana, y mucha menos referida á lo que constituye el verdadero objetivo de la obra de Lutero: la libertad de pensar y la demostracion del predominio que en aquella época da la iglesia católica á lo material sobre lo espiritual, á lo temporal sobre lo eterno.

He aqui los dos fundamentos capitales de la reforma de Lutero, y si tal no hubiera sido su pensamiento, tócale, sin que en nada se le pueda disputar, la gloria de haberlo cumplido, causando señalados beneficios á su pátria, que mas pronto que ha sucedido se hubieran hecho extensivos á la humanidad toda, sin las trabas que á la generalizacion de ellos se le han impuesto por espíritus frívolos ó ambiciosos, que han comprendido el inevitable desprestigio de lo por ellos sustentado contrario al justo y racional criterio. Lutero realiza dos grandes fines, uno en lo que se refiere á la repredicacion de la moral del Mártir del Gólgota: moral olvidada en el fondo, cumplida solo en la forma, de un modo tal que hoy causa risa y entonces

debía execrar, pues difícilmente se concibe la sutil artimaña empleada para que alimentando á lo material se hiciera manifiesta una espiritualidad fingida, y una vez descubierto, una vez notado que en el fondo la materia era lo que dominaba, pues se fomentaba para hacer ver que al espiritualismo se rendía culto, la conciencia no pudo menos de sublevarse con lo que á aquel monje agustino le llevara á levantar la voz protestando. A este fin podia llegarse solo por medios conducentes, y de aqui la proclamacion de la libertad de pensar, que mas que tal podemos decir que fué dar pensamientos de que se carecia en un tiempo en que, con un cinismo y un atrevimiento sin igual, se suponía que sobre las mas grandes y trascendentales cuestiones que agitarse puedan en la conciencia humana, todo estaba pensado. Tan craso error se hizo manifiesto, y el mas allá se hizo patente, ansiando cada uno, con los medios que les habian sido otorgados llegar á él; y de aqui la lucha intelectual que ha habido y continúa habiendo en Alemania, donde pudiéndose pensar de todo y teniendo libertad para emitir este pensamiento, ha sido el universal cerebro donde han surgido las mas grandes y atrevidas ideas que, depuradas con el tiempo, llegarán á constituir lo que desde luego podemos llamar el Credo de la humanidad.

Este alarde de germanismo que nos lleva á la envidia, es mas que por nada por el dolor que causa vernos aun privados de esa tan ansiada libertad, realizadora de las grandes obras: sin ella Alemania no hubiera llevado á cabo ese movimiento filosófico que asombra, movimiento filosófico al que podemos considerar como primera etapa de una revolucion político-social, que comenzada por donde se debe, no causará nunca las alteraciones que se lamentan en los paises donde ha sido tocada la forma primero que el fondo, y que esta forma se ha hecho insostenible por no estar la conciencia aun preparada para ello. En Alemania la revolucion será un efecto del cerebro: en los paises en que hasta ahora se ha llevado á cabo, ha sido solo un efecto del corazon, y como tal ha tenido las alternativas, cambios y exageraciones de que es susceptible un sentimiento, nunca la inmovilidad del pensamiento, que se da por necesidad comprendida y que, principiado á elaborar en el cerebro de una generacion, pasa al de la otra en estado embrionario, se trasmite

te á la siguiente en estado de feto, y llegará un dia en que este pensamiento, con tiempo bastante de incubacion, se dé á luz sin que su aparicion sea, ni pueda ser, causa de trastorno en ninguno de los órdenes sociales, pues en el transcurso del tiempo se ha notado y se nota su desarrollo, como de la bola de nieve se nota el crecimiento en las continuas vueltas que se la vé dar por la superficie nevada de donde con la nieve caida han desaparecido los huecos y alteraciones.

Por esto confesamos que es mayor nuestra admiracion hácia la obra de Martin Lutero, por esto hemos considerado siempre á la Reforma digna bajo todos puntos de vista de marcar época en la historia general de la humanidad, pues ésta, con ella adquiere seguros médios de llegar á la perfeccion posible, que es el ideal por que debe agitarse, pues para él existe y existirá. Aun prescindiendo de este principalísimo hecho, sin el cual ninguno posterior hubiera tenido efecto, la Reforma en Alemania particularmente tiene tanta influencia, que es por asi decirlo la creadora de un comun lenguaje aplicable á los fines literarios; y con esto creemos indicar que es la productora de una literatura que ciertamente merece un preferente puesto en la historia general de ella. Querer la producciones de la escuela artística sin la Reforma es imposible, pues sin ella no podia llegar la conciencia á la manifestacion de las extraordinarias concepciones que tal escuela ha producido; querer las producciones de la escuela romántica es mas imposible aun si no se hubiera dado la Reforma, pues ella es la que, dando en el fondo y en la forma absoluto predominio al espíritu, purifica al sentimiento y lo lleva á un lirismo en el que se vé el absoluto subjetivismo que se nota en los románticos alemanes; en el drama como en la epopeya, en las composiciones líricas como en las novelas, siempre se nota el pensar nuevo creado con la Reforma y por ella sostenido. Por esto al principiar unos estudios, á los que nos lleva mas que otra cosa la audacia propia de la ignorancia, no podemos menos de encabezarlos con el general concepto de que su mayor mérito se desprende de ella segun nosotros, pues influyendo tan notablemente en la vida las prácticas, las costumbres, las creencias, el que es autor ha de manifestar, sin que pueda ser de otro modo, que sus obras reciben el influjo general de una vida conveniente para sus producciones, y esta vida,

estas creencias, esta educacion que Lutero inicia no puede menos de ser alabada cuando se nota en sus fundamentos la necesaria libertad de pensar por él proclamada, causa ocasional de tan notables obras como son las que constituyen la gloria de Lessing. Si convencidos estamos de la influencia que la vida general tiene sobre las obras de un autor, no lo estamos menos de que la vida particular del que las produce es á su vez causa de una influencia tan digna como la anterior de ser tenida en cuenta. Por esto antes de llegar á la exposicion y crítica de estas obras, nos es necesario fijarnos en la vida del autor, estudiando en ella esos primeros pasos que son las mas de las veces bastante á determinar el carácter y tendencias del autor durante su vida toda. Bien es cierto que el hombre es susceptible de modificaciones, pero en la esencia subsiste siempre el primer pensar, cosa que en notabilísimos ingenios se comprueba, siendo uno de estos Gotha Efrain Lessing.

La familia del ilustre autor de *Emilia Galotti* era originaria de la Sajonia, y aunque no podemos decir que fuera ilustre por faltar en ella individuos que tal calificativo hubieran merecido, sabemos que siempre habia contado en su seno alguno que se revelara en las contiendas públicas, alguno que influyera en su descendencia, animándolos á seguir el camino emprendido; y ya el acta de la Union de 1580 aparece formada por un Lessing, bisabuelo del autor de quien nos ocupamos: su abuelo en 1670 sostuvo con sus escritos y predicaciones la tesis de la necesaria tolerancia en Leipzig, y su padre, primer pastor en Camenz, donde habia nacido, continuaba las tradiciones de su familia. Su profundo saber en la ciencia teológica, sus extensos conocimientos en las demas ramas del saber humano, daban lugar á que, á pesar de su extrema rigidez, jamas desmintiera esa tolerancia que sus antepasados habian dispensado á todas las creencias, fruto natural de la predicacion luterana.

Esto unido al amor que manifestó siempre por la clase média á la cual su familia habia pertenecido, procurando que ya que su fortuna no le permitia elevarse á las mas altas clases sociales, adquiriera cuando menos ilustracion bastante que le abriera puertas para mas superiores regiones, dió lugar á la gran consideracion que al pastor se le dispensaba, con lo que menos afflictiva habia de parecerle su situacion, dado el que no

contaba con medios suficientes de fortuna para levantar las cargas de una familia numerosa como la suya. Efrain Lessing fué el mayor de los diez hijos que contaba el pastor de Camenz, y en él, siguiendo las tradiciones de su familia, pensó tener su sucesor en la capilla. Si la vocacion no fuera innata é incontrarrestable, no cabe duda que, dada la educacion, é influyendo en él la metódica y religiosa vida que en su casa se observaba, el padre hubiera podido lograr sus designios. En la historia de la literatura Alemana, el padre de Lessing aparece como un distinguido presbitero; habia escrito una erudita historia de las Isias de su pais y habia traducido un considerable número de obras religiosas del francés y del inglés; él fué el primer maestro de su hijo, él quien le inculcó los primeros principios, él quien dispuso aquella inteligencia que mas tarde habia de producir tan preciados frutos, tarea en la que no poco le ayudaba su esposa, mujer de fé y valor, sin la cual la carga hubiera sido demasiado pesada. Mas tarde un preceptor particular se encargó de la educacion del niño, que á los ocho años ingresó en el colegio establecido en la poblacion.

En estas clases, cuyo director era Heinitz, se manifestó la decidida vocacion del jóven Lessing por el teatro: el director era uno de los sostenedores de la escuela de Gottsched, y con gran escándalo de la poblacion, que dió lugar á que fuera arrojado de ella, sostuvo en unas conferencias públicas que el teatro era la escuela de la elocuencia, tesis que sentó despues de abrigar el íntimo convencimiento de que, aunque no fuera del todo cierto lo que sostenia causando su desgracia, era el mas seguro médio para conseguir que la literatura alemana alcanzara un desarrollo que todos echaban de ménos. Heinitz secundaba los trabajos de Gottsched, que en compañía de su esposa trabajaba para el teatro, pero siguiendo el camino de la imitacion francesa y haciendo que se pervirtiera el gusto, pues las producciones de la nacion cuyos originales escogia por modelos, no podian adaptarse á los gustos de la raza germana, cosa que comprendida mas tarde por Lessing, le hizo abandonar esta senda, emprendiendo la imitacion de obras mas en acuerdo con su carácter, y haciendo exposiciones originales, que pasaron luego á constituir el fundamento de la dramaturgia alemana, dando base á las admirables producciones de Goethe y Schiller.

Por mas que no podamos afirmar como conveniente la senda seguida por la escuela de Leipzig, que asi se llamó la fundada por Gottsched, ni creemos buenas las obras de éste, que mas que tales, son traducciones de Adisson, Deschamps y Destouche, hemos de convenir, no obstante, que esto fué lo que llamó la atencion de Lessing y despertó su aficion, en la que insistió, á pesar de la fuerte oposicion de su padre, que en manera alguna veia con buenos ojos que su hijo desertaba del campo teológico para pasar al literario. Cuando el jóven Lessing contaba catorce años, gracias á la proteccion de la ilustre familia de Carlowist, obtuvo una plaza gratuita en el Furs-teusschule en Meizeu; alli continuó sus estudios preparatorios para la carrera sacerdotal, y alli adquirió los primeros conocimientos de las lenguas y literaturas clásicas; lo cual le auxilió no poco, para llegar mas tarde al conocimiento de la mala interpretacion que los autores franceses hacian del teatro clásico latino y griego, y de lo mucho mas que estas obras perdian cuando sus compatriotas las aprovechaban del francés para alemanizarlas. Sus comenzados estudios fueron seguidos con mas actividad; la falta de libertad de que se resentia, mas que por nada por faltarle médios para conocer á la sociedad enmedio de la que iba á vivir, era causa de que buscara compensacion en la lectura de Plauto, Terencio y otros autores que con tanto acierto han profundizado en el estudio del hombre y sus pasiones. De la misma manera que Henitz, director del primer colegio en que habia estado, habia despertado su aficion, otro profesor del colegio del Príncipe, en que se encontraba, reanimó en él su sentimiento literario, favoreciéndole la lectura de Hagedoru, notable imitador y admirador de Horacio y de Haller, hombre notabilísimo, no solo como poeta, sino como científico y filologo: á esto, que sin duda, se debe su idea de escribir su poema astronómico, imitacion de Haller, siguió su amistad con los poetas Gleim, Gøtz, Uz, Klaizt y otros que despertaronle el deseo de estudiar á Anacreonte y mas tarde el de imitarlo, como lo habian hecho sus amigos y compañeros citados, dando con esto lugar á la fundacion de la escuela que en Alemania se llamó de Halle. Esto, como fácil es notar, no podia agradar á la familia de Lessing, que no veia en los estudios profanos nada de lo que convenia á

un futuro pastor evangélico; que únicamente llegándolo á ser era como el hijo podia realizar las aspiraciones del padre. El disgusto que tal conducta causaba, le fué manifestado, y existe una carta en la que el jóven Lessing se subleva ante la idea de que hubiera quien pudiese creer que algo de lo que llevaba á cabo podia redundar en desdoro de su dignidad ó de la respetable clase á que se le destinaba. No obstante esto y sus continuas protestaciones, continuaba sus trabajos literarios; y aun estando en el colegio, dió comienzo á una comedia que por entonces no concluyó, por confesar él mismo que nadie tenia derecho, sin tocar en lo ridículo, para censurar un vicio de que no estaba exento. Dificil es determinar cuanto tiempo hubiera permanecido en el Fursteusschule, si la vida monótona y tranquila que allí se llevaba no hubiera sido alterada por los episodios de la guerra, cuyos desastrosos efectos se dejaron sentir tambien en la apacible ciudad de Meizeu, con lo que el exaltado ánimo del jóven escolar se agitó mas, y procuró por todos los médios salir del colegio, donde creia haber aprendido todo lo que en él se enseñaba, y á pesar de la resistencia opuesta por el padre á fin de conseguir que permaneciera en él el tiempo prefijado, triunfó al fin y dejó el colegio para pasar á continuar sus estudios superiores á la Universidad de Leipzig.

Antes de llegar á tan notable centro de enseñanza, permaneció algun tiempo en la casa paterna, donde como siempre, trataron sus padres de contrarestar aquella decidida vocacion literaria, incompatible con la carrera á que lo dedicaban, por el género á que mas aficion mostraba.

Al partir para Leipzig, los padres quedaron convencidos de que su hijo continuaria sus estudios teológicos, pero abrigan siempre el natural temor por la influencia que la vida libre que iba á llevar en la poblacion, que entonces llamaban la Atenas de Alemania, pudiera ejercer sobre el jóven. Este temor, que dadas las revelaciones hechas, era perfectamente fundado, tuvo un momento de tregua, gracias al tiempo que tardó en relacionarse en aquella poblacion, en la que entraba por primera vez. Allí encontró á un antiguo amigo suyo, á Mylins, que por decirlo asi, fué su introductor en los círculos en que él mas ansiaba moverse. En la Universidad no habia en-

tonces profesores de su facultad que le llamaran la atencion y lo estimularan á continuar los estudios emprendidos, por los que ninguna vocacion sentia. De todo el claustro, poco notable en aquel tiempo, solo Ernesti y Christ, profesores dedicados á lo que podemos llamar Arqueologia literaria, fueron los que le hicieron fijarse, pero mas que en la ciencia que explicaban, en la forma y el método empleado. Lessing adquirió en las clases de estas dos notabilidades la idea de un nuevo y libre pensar, que le llevó á la consagracion de las ideas propias y al conocimiento de fuertes y razonables medios de argumentacion. En aquella sociedad, en que bien pronto adquirió confianza y estimacion, ayudado de Kastner, partidario de la filosofía de Wolff, y donde se discutian las mas elevadas cuestiones de ciencias y artes, pudo demostrar condiciones superiores y un génio elevado; gracias á lo cual poco tiempo despues algunas composiciones suyas vieron la luz pública, insertas en la revista de Kastner y de Mylius. Este último fué el que mas favor le dispensó; y si bien es cierto que sus primeras obras carecian de mérito bastante para llamar la atencion, hay que asegurar que los hombres que le ayudaban lo animaron á seguir el camino emprendido, que rectamente conducia á la realizacion del fin soñado por Lessing. Colocado por sus composiciones líricas, en el rango de los poetas de la escuela de Halle, tuvo que sufrir lo que ellos, empeñados en el desprestigio de Klopstock, á quien llamaban el poeta angélico. De aqui ya, la lucha entre las dos escuelas, lucha en la que los anacreónticos llevaban la peor parte, por estar sus ideas bien distantes de la religiosidad de la Alemania del norte, cosa de la que, convencido, le hizo bien pronto aborrecer el uno y otro extremo, entrando á formar parte de los tolerantes, predicando constantemente la virtud mas en armonía con las doctrinas de Cristo; como de la misma manera venian haciéndolo sus abuelos desde siglos anteriores. Olvidó el rigorismo de su educacion primera, y queriendo dar participacion en su vida á todo lo que del mundo era, entró de lleno en la sociedad, para lo que tuvo que emprender una educacion que le pusiera en armonía con las personas á quienes iba á tratar. Desde este tiempo datan sus relaciones con autores y actores, que le arrastraron en sus movimientos, haciéndole olvidar su objetivo verdadero al

venir á Leipzig, y confirmándolo en sus aficiones por el arte dramático.

En esta vida consiguió Lessing su primer triunfo. La Neuber, actriz de aquel tiempo, mujer de elevado talento á quien Alemania debe principalmente la reforma del arte escénico, lo proclamó una de las futuras glorias del teatro pátrio (en su infancia entonces) cuando hubo leído el *Jóven erudito*, primera obra del jóven autor, que se puso en escena. La obra, que si bien es cierto, permite augurar otras superiores, carecia de verdadero mérito, poseia no obstante el notable de no ser una imitacion, ni traduccion, sino una pieza original, inspirada en el carácter aleman, que habia de entenderla, juzgarla y apreciarla desde el primer momento: á esto se debe que extendida la noticia, llegara poco despues á conocimiento de su familia, la cual consideró perdido al hijo, de quien todos con escándalo repetian *que se habia dedicado al teatro*. Alarmado el padre, llamólo á Meizeu, amenazándole con la supresion de la pension si no acudia á este llamamiento, reforzado con la cariñosa súplica de su madre, de la que le decian se hallaba en el lecho de muerte y queria abrazarlo por última vez. Llegó á la casa paterna, y convencido de la causa del llamamiento, manifestó claramente esta vez, con decision, que falto de la necesaria vocacion para terminar y practicar la carrera que habia emprendido, la abandonaba, añadiendo que, dispuesto, como siempre á estudiar; aplicaria esta actividad al cultivo de las ciencias médicas, que eran las que preferia. Confiado el padre, volvió á permitirle que marchara á Leipzig, donde de nuevo emprendió la vida que habia llevado durante su primera estancia; pero esta segunda vez pudo permanecer muy poco tiempo, pues acediado de continuo por los acreedores, se vió obligado á partir para Berlin á reunirse con su amigo Mylius que á la sazón se encontraba en aquel punto. Partió, mas en el camino tuvo que detenerse en Witemberg á causa de una enfermedad que le acometió repentinamente.

En esto, que podemos llamar primer período de la vida de Lessing, se nota ya lo que puede ser bastante á determinar su vida posterior. La vida que primeramente habia llevado en la casa paterna es cierto que le coartaba un tanto, pero tarda bien poco en comprenderlo y arbitra medios, que utiliza para obtener relaciones y amistades que le proporcionan sus primeros triunfos y que le ayudan en los difíciles primeros pasos de una carrera siempre dificultosa, pero que infinitamente lo era mas en aquella época.

---

## OBRAS COMPLETAS

DE

### D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

---

Agotadas las diferentes ediciones de los interesantes libros del mas popular de nuestros poetas contemporáneos, hace algun tiempo que, con inmenso regocijo de los amantes de las letras, emprendióse la publicacion de todas las obras en prosa y verso del Sr. D. Ventura Ruiz Aguilera, cuyos inspirados trabajos, honrando la literatura nacional, le han conquistado merecido renombre en el extranjero, donde el anciano cantor de las glorias y de las amarguras de la pátria es tan conocido como entre nosotros, pues muchas de sus magníficas poesias han sido traducidas á los idiomas que hablan los pueblos mas cultos de Europa.

La edicion completa de las obras de nuestro estimado colaborador y amigo queridísimo, constará de doce ó catorce volúmenes en octavo francés, de trescientas á cuatrocientas páginas, impresos con grande esmero y elegancia, comprendiendo trabajos aun no coleccionados y otros muchos inéditos.

Actualmente van publicados los tres primeros volúmenes, que son: *Ecos nacionales y Cantares*, *Elegias y Armonias*. *Rimas várias*, y el *Libro de las sátiras*, los cuales han sido leidos con avidez tanto por las gentes ilustradas como por nuestros inteligentes obreros y por los sencillos habitantes de los campos. El autor ha recibido los mas entusiastas plácemes de la prensa de todos matices políticos, habiendo dado lugar sus libros notables á muchos artículos de nuestros mas afamados críticos, haciéndose en ellos cumplida justicia al poeta filósofo

que, unas veces inspirándose en el fuego sagrado del patriotismo, otras en las puras delicias y en los augustos pesares del hogar, y siempre en el noble deseo de levantar los espíritus, combatiendo todos los vicios que hacen aparecer deforme á nuestra, en el fondo, honrada sociedad, ha sido ídolo y maestro de la juventud española; encendiendo en nuestros pechos el mas ferviente culto por la libertad y la democracia, con sus *Ecoss nacionales*, despertando en nuestros corazones delicadísimas y santa ideas con sus *Elegias*, y llevando á todas las conciencias muy saludables enseñanzas con los dignos y oportunos y provechosos pensamientos que el *Libro de las sátiras* contiene.

Juzgadas ya estas obras en brillantes estudios por nuestros mas autorizados literatos que, con las flores lozanas de su ingenio, han tegido rica corona en honor del ilustre poeta, no creemos discreto ni oportuno emitir nuestro pobre juicio sobre tan inmortales concepciones; pero deseosos de que la REVISTA DE ANDALUCIA consigne en sus páginas cariñoso y franco testimonio de admiracion y de respeto, nos proponemos reproducir en este y en otros números algunos de los artículos que se ocupan de los tres libros publicados hasta hoy, deseando que pronto vea la luz un nuevo volúmen, para unir nuestra modesta rama de laurel á las preciosas flores que coronan las venerables canas del padre desolado que con tan desgarradora verdad siente el dolor de los dolores.

He aqui ahora el sabroso y peregrino diálogo que hemos elegido para que nuestros lectores recuerden algunas de las innumerables bellezas que contiene el primer volúmen de las obras del Sr. Ruiz Aguilera.

## ECOS NACIONALES.

Reunídose habian, y engolfándose en largas y amenas pláticas el cura y el barbero, en casa del bachiller Sanson Carrasco, ó lo que á ser viene lo mismo, en la humilde y mal vestida morada del que esto escribe; que breves años goce, si no es la propia persona del bachiller, corregida y aumentada. Cerca de una hora habia que el cura y el bachiller callábamos, obligados por el locuaz barbero, que retórico y elocuente nos anonadaba á frases, armado de digresiones y paréntesis, que estiraban y desenvolvian el hilo de su discurso hasta el punto de hacerlo

parecer interminable; cuando, agotada mi paciencia, y prontos ya á adormecerse mis sentidos, interrumpí de esta manera al buen rapista:

—¡Noramala para vos, maese, y cuán difuso y hablador habeis venido! No, sino déjenle á él, que camino lleva de acabar el dia del juicio. ¿Qué os pasa, que así os prolongais, pues algo ha de pasar para esto? ¿Quién os trae y lleva de esa suerte, que tan mal nos tratásteis? ¿Qué musa os sopla, si ya no es el mismo Apolo el que hoy ha desanudado vuestra lengua?

—Dios os lo perdone, compadre—añadió el cura;—mas pienso que no he sufrido tanto como este dia y en esta hora desde que mi madre me echó al mundo. Callad, callad por vuestra vida, y si teneis en alguna estima la del prójimo, poned coto á vuestra lengua, que temo ha de ir mas allá de lo que la comun paciencia permite.

—Bien podrá ser—respondió el no mal aconsejado barbero, —que siempre, si he de creer á la propia y la agena experiencia, fuí mas suelto de lengua que de huesos. Mas dígame, y sea presto, pues deseo salir de confusiones: ¿cómo, y cuando de nuestras malaventuradas letras hablo, lleno de una santa ira contra tanto malandrín como las *tala* (que las cultiva no seria razon decir ahora); cómo, repito, quiere que sea breve, habiendo tanto como hay en la viña del Señor digno de que de ello luenga mencion se haga? Responda, compadre: ¿no es cosa de darse al diablo ver el estado á que han reducido á esta nuestra hermosa poesia lírica esos fingidos cisnes, esos reales y verdaderos grajos, que en mal hora hicieron sonar su canto ronco en los espacios de la prensa? Entraos, entraos por esos impresos adelante, por esos impresos, digo, que desde 1834 acá están viendo la luz *ramera*, á la que otros cortés y respetuosamente llaman pública, y vereis milagros. Mirad aquel, plagado siempre de abominables coplas; ved si no esotro, inundado de versos sin tino y sin medida escritos. ¡Y esto se imprime! ¡Y esto os parece bien, compadre! ¡Y no quereis que indignado pida á Júpiter rayos vengadores, ávidas centellas é inmensas mangas de fuego que caigan y se desplomen sobre esta nueva Sodoma, sobre esta impura Gomorra literaria!

—¡Ay, maese!—exclamó el cura—y cómo os extravia y ciega los ojos del entendimiento la ira, á quien no sin razon ha llamado un sábio *tizon del infierno!* Apartad de ahí ese Júpiter, que temo que como á un ídolo falso ha de abrasarle el santo incendio que tragó y borró de la tierra á las dos malditas ciudades!

—Razon teneis—dijo el barbero;—esta ira, ó este tizon, como habeis dicho, humea demasiado para que deje de turbar la luz de mi poco alumbrado entendimiento. Mas no se hable en esto mas, si os parece, y volvamos á lo pasado.

—Sea así—dije yo—con tal que no se duerma el buen mae-se, como decirse suele, y como muy bien pudiera acontecer, con la palabra en la boca.

—No hayáis cuidado—respondió reposadamente el barbero,—y dejadme á mí, que esta vez seré tan breve como quisiéreis y como no esperareis, sin duda. Decia que los malos poetas han acabado con la buena poesia, y en ello me afirmo y mantengo ahora; porque ¿quién es, decidme, el discreto que hoy no vuelve la hoja al tropezar en una *publicacion* con algunos de esos que han dado en llamar versos, y en verdad que en pocas ocasiones son acreedores á tan honrado nombre? ¿Qué necio no los escribe? ¿Qué bueno y feliz ingenio los produce, en medio de la universal indiferencia y del desaliento que de algunos años á esta parte mata y sofoca la mente y el corazon del que nació, creció y se formó poeta?

—Alto ahí, compadre—replicó el cura,—que no es razon que así se hable, siendo todavia tantos, por fortuna, los buenos ingenios que producen, y nobles esfuerzos hacen por levantar á nuestra abatida poesia del hondo abismo en que yace. Así no fuera mas cierto que esto lo que antes habeis hablado, y las gentes leyeran, no lo malo, ni mediano, sino lo bueno y excelente que para ellas ha sido escrito, se escribe y se escribirá.

—Ciertamente—dije yo á esta sazón,—que sin ir mas léjos y sin buscar en los años lo que en ellos de ménos valor seria, jóvenes conozco de tan buen juicio, claro talento, exquisito gusto y bien cortada pluma, que harian milagros á poco que se les alentase.

—Nombradme algunos, en buen hora, señor bachiller, que ánsia hé de conocerlos á la par que vos, pues sabria apreciarlos como el que mas.

—Muchos podria nombraros, barbero de mis pecados, que barbas han ellos segun son de viejos, graves y crecidos; mas contentaréme con uno cuyas obras tengo tan á la mano como vais á ver ahora; y mostréle un libro que sobre una vecina mesa descansaba, diciendo estas ó semejantes palabras:

—Pocos dias há que este libro que veis se dió á la stampa; pero, ó muy descaminado voy, ó su vida ha de ser tan larga como la de aquel ave, de quien diz que renace de sus propias cenizas.

Preguntáronme qué título tenia, y respondí, que habia por tal el de *Ecós nacionales*, y que era el tomo primero de las poesias de Aguilera.

—¿Llámase Ventura Ruiz, ese Aguilera?—preguntó el cura.

—Así se llama—respondí al punto.

—Pues abrid ese libro, y veamos, que barrunto que han de ser tan buenas esas poesias como las del mismo Lope.

Abrió el libro el barbero y leyó la primera, que era un him-

no *A Dios*, tan lleno de fé y de armonía, que mas que para humanas gentes, parecia escrito para que los ángeles lo cantasen. Grande fué entónces la admiracion del barbero, y no poco el gusto que recibió el cura, que oia leer á aquel con los ojos arrasados en lágrimas, y como si alguna celestial vision se le representara.

—¡Pardiez!—dijo el maese, asi que hubo terminado la lectura que tan sabrosamente habia entretenido á todos.—Este Aguilera es tan poeta como cristiano; y si todos sus otros versos se parecieran á estos, en láminas de oro puro deberia grabarse su nombre, al lado del de los primeros ingenios de nuestra patria.

—Leed y juzgad—respondí;—y siguió leyendo en alta voz y conveniente sentido.

Si bien habia parecido á todos el primer canto del poeta, todavía mas admirable y sublime pareció el segundo, en el que se celebraba el valor español, al recordar en un sencillo y bellísimo cuento la gran victoria de Roncesvalles, que llenó de espanto y de vergüenza á las francesas armas.

A este segundo canto siguió el tercero, que cautivó no ménos por su forma que por su intencion, habiéndose leído sucesivamente, y en poco mas de dos horas, todos cuantos el libro contenia, no sin alguna que otra ligerísima pausa, debida á tal cual lunar, que de tarde en tarde y con suma dificultad echábase de ver.

—¡Válgame Dios!—exclamó el cura, al cabo de algunos momentos de general silencio y profunda meditacion;—¡válgame Dios! ¡y á cuánta discreta y grave reflexion da lugar esta obra! Dejo á un lado la novedad, que de tantas de su género la distingue: nuestros cantos populares, que poco ó ningun valor encierran; nuestra cancion clásica, que oda podria llamarse, sin temor de extraviarse mucho, y nuestro himno patriótico, chillon y parlero como las avecillas que á la naciente aurora saludan, distan tanto por su objeto é importancia de estas otras canciones, que desde luego aparece inútil y nada juiciosa la comparacion que de unas con otras podria hacerse. Nuestro poeta ha introducido en la literatura española una nueva raza de himnos nacionales, ó populares, que siendo capaz de todas las bellezas de la poesia, las viste siempre, ó casi siempre, con modestísimo traje, para que aun el ménos inteligente del ignorante vulgo se les aficiona y acerque: que la pompa y grandilocuencia de nuestro poético lenguaje desvia á los profanos, con frecuencia, y hace incomprendibles para ellos las mas altas bellezas, á mas de despojar á estas alguna vez de gran parte de su valia. Pero ya he dicho que no la novedad, sino la profundidad, es lo que hace á este precioso libro (en mi humilde opinion al ménos) acreedor á las mayores alabanzas.

«El pueblo necesita hoy fé», ha pensado el poeta, y ha dado feliz comienzo á la coleccion de sus *Eclos* con un canto á Dios, considerando (con razon harta) á la religion como origen principal y base de toda virtud. Despues, al ver roto y derribado por tierra el nacional estandarte, tan temido y respetado en mejores dias, ha vuelto á tomar la lira y ha cantado á la pátria; pero á la pátria vencedora, á la pátria de Bernardo del Carpio y de los héroes de Roncesvalles. El pueblo, al aprender de memoria el himno consolador, en que la voz del vate le recuerda las antiguas glorias, no podrá ménos de irritarse contra sí mismo, reflexionando cuán necia y vergonzosamente ha derramado su sangre á impulso de la ambicion burladora y de la monstruosa barbárie de los enemigos de su reposo y de su honra.

Mas adelante, el poeta de la religion y de la pátria, canta la paz, el fin de las discordias civiles, y grita al pueblo, dividido en rencorosos bandos:

¡Esos que vez morir son tus hermanos!

Y sublime misionero, entre la absorta multitud que le rodea, va atravesando con grave y majestuoso paso, predicando la caridad, la virtud, el trabajo, la proteccion á los que al pais sirvieron y por él sacrificaron tranquilidad, juventud, haberes; y ora con satírica ironía, ora con tiernísima dulzura, aconseja, reconviene, convence, en fin.

Ahora, amigo maese, y vos bachiller, decidme: ¿qué libro de castellana poesia conoceis que en el fondo é intencion lleve ventaja á éste? ¿No creeis que el buen Aguilera, al lanzar de su mente y de su corazon tan importante obra, ha hecho, despues de lo que como á poeta, y á poeta excelente, debia exigírsele, cuanto de un profundísimo filósofo era de esperar?

—Así es—respondió el barbero,—y con verdad os digo que estoy maravillado y aun creo oir sonar en mis oidos la música sabrosísima de esos divinos cantos.

—Tales son ellos—añadí yo,—que dudo á cual podria darse la preferencia.

—Buenos son todos—dijo otra vez el barbero;—plácenme, sin embargo, sobremanera *El veterano*, *El tributo de sangre*, *La vuelta del voluntario*, el titulado *Roncesvalles* y algun otro, que dignos de Beranger me parecen.

—Mirad, compadre—volví á decir,—que esas canciones, con escasísima diferencia, pertenecen todas al mismo género. Bellísimas son, en efecto; mas no dejeis pasar asi las del *Dos de Mayo*, *El corcel de batalla*, *El maestro que no viene*, *La noche de todos los Santos*, *El perro que ladra* y otras tan buenas que nos habeis leído há un momento, y que con rara complacencia os hemos escuchado.

—Y que sin duda—prosiguió el cura—son: *La barcarola de Pio IX, Por la patria. El convenio de Vergara, y... y...*

—Y el *Canto de Napoleon*—proseguió yo,—en el que el arrogante conquistador dice con valentísima osadía:

Luz una noche me pidió mi gente,  
Y á cañonazos incendió á Moscow. (1)

—Y... y...—repitió el cura, á quien siendo infiel su memoria, interrumpió el barbero:

—Y... y... ¿sabeis, por ventura, que es tarde y que ha tiempo estamos cansando la paciencia del bachiller, cuya atentísima amistad no merecía ciertamente tan ruin correspondencia?

Apresuráme á manifestar al maese que se engañaba y que yo estaba contentísimo de verme en tan honrada compañía; pero todo fué en vano: el cura y el barbero se levantaron, y dándome las buenas noches, salieron poco despues de mi aposento. Yo entónces tomé la pluma y escribí estos renglones toscos y desaliñados, confiando en la indulgencia del lector, á quien antes de concluir, y para mejor ganarle la voluntad, he de llamar *pío, caro, paciente y...* todo, ménos *curioso*, pues no ha de serlo tanto que vuelva á caer en la tentacion de leer á

El Bachiller Sanson Carrasco.

Asi se expresaba hace veintiocho años el Sr. D. Francisco Zea, muerto muy jóven, y del cual conservan gratisimo recuerdo los literatos de su época: este es el juicio que el discreto *Bachiller Sanson Carrasco* hizo del primer libro de los *Ecos nacionales*. Y cuando de tal modo mostrábase impresionado al leer las primeras composiciones del Sr. Ruiz Aguilera, ¡cuál no hubiera sido su entusiasmo al encontrar nuevas bellezas y aun mas trascendentales pensamientos en los libros siguientes, donde el autor, probando lo grande y generoso de sus aspiraciones, y cumpliendo la verdadera mision del poeta en los tiempos modernos, levántase á prodigiosa altura en alas de su siempre poderosa imaginacion, cada dia mas rica y mas brillante, á pesar de las tribulaciones de la vida y de la pesadumbre de los años! ¡Cuán dulces y misteriosas sensaciones hubieran desper-

(1) Un descuido ó distraccion, que no acierto á explicarme, ha hecho que en las diferentes ediciones de los «Ecos nacionales» publicadas hasta hoy, se repitiese el error que en le presente, atribuyendo á Napoleon lo que fué obra de los mismos habitantes de Moscow, los cnales incendiaron esta ciudad al acercarse á ella las tropas del gran conquistador, reduciéndola á un vasto monton de cenizas y de escombros.

tado en el alma impresionable de aquel jóven poeta las tristes elegias del padre de Elisa! ¡Con cuánto calor hubiera aplaudido sus filosóficas rimas, que hacen meditar á los hombres de ciencia en el retiro de sus gabinetes; sus profundas sentencias, sus finas y bien intencionadas sátiras, que á tantos caracteres caidos han hecho aborrecibles los vicios sociales; sus himnos al trabajo, recitados en las fábricas y en los talleres al compás de la máquina que el vapor impulsa ó del martillo que golpea; sus tiernos cantares, música delicada del pueblo que mas de una vez he oido entonar á nuestros honrados campesinos, cuando al caer la tarde los he encontrado cruzando las anchas campiñas andaluzas, al regresar del trabajo con la azada al hombro, dirigiéndose alegres á la humilde cabaña cuya blanca columna de humo les decia donde estaban los cuidados de la compañera de su vida y los santos besos de sus hijos!

Cómo ha cumplido su mision el noble autor de los *Ecoss nacionales*, y cuáles son sus merecimientos y cuánta es la importancia que sus libros tienen en estos instantes, podrán estimarlo cumplidamente nuestros abonados al leer en el número próximo un notable trabajo que nos proponemos reproducir, tomándolo de los interesantes *Estudios de Literatura y Arte*, publicados en el año último por nuestro apreciable amigo y antiguo colaborador de la REVISTA, el Sr. D. Francisco Giner: en ese artículo se ocupa el ilustrado ex-profesor de la Universidad Central del segundo volumen de las obras del Sr. Ruiz Aguilera, criticando de manera admirable sus inspiradas *Elegias*.

Y con este ofrecimiento dejamos la pluma, no sin enviar antes franco y respetuoso saludo al popular poeta en cuyos cantos hace muchos años aprendimos á amar la libertad y la democracia; al anciano venerable que debe ser considerado como el Victor Hugo español, por sus altas virtudes, por los servicios que con sus poesias ha prestado á nuestra cultura popular, despertando generosas y delicadas ideas en el corazon de las muchedumbres, y mas que nada, por su inquebrantable amor á la pátria.

ANTONIO LUIS CARRION.

## BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

LA POESÍA MODERNA.—Con este título, y en un elegante volúmen, acaba de publicar nuestro estimado amigo el distinguido Académico y Catedrático de la Universidad de Madrid, D. Francisco de P. Canalejas, sus últimos discursos críticos, que tratan: «Del carácter de las pasiones en la tragedia y en el drama» leído ante la Academia Española en la sesión pública inaugural de 1875; «La poesía dramática en España» pronunciado en el Ateneo de Madrid la noche del 27 de Mayo de 1876; «Del estado actual de la poesía lírica en España» pronunciado en el Ateneo el 16 de Diciembre del mismo año; «De la poesía religiosa» pronunciado en la referida corporación el 19 de Junio de 1877.

Como, gracias á la bondad del elocuente orador, hemos tenido la honra de ir publicando estos discursos en las páginas de la Revista, á medida que el Sr Canalejas los ha ido pronunciando en la Academia y en las sesiones del Ateneo, no creemos necesario hacer de este libro el elogio que merece, pues casi todo él es conocido de nuestros suscritores, los cuales nos consta que han saboreado con delicia los tres primeros discursos, estimando en todo lo que valen esos brillantes trabajos. Con respecto al último de la coleccion, que se ocupa «De la poesía religiosa», tampoco emitimos nuestro juicio, pues habiéndonos autorizado nuestro consecuente colaborador para reproducirlo como los anteriores, así lo haremos muy en breve, dejando que la ilustración de nuestros lectores aprecie su indisputable mérito.

Por los expresados motivos nos concretamos á dar cuenta del nuevo libro, enviando á su apreciable autor el testimonio de nuestro reconocimiento por las bondades con que frecuentemente nos distingue.

Esta obra véudese al precio de 12 y 14 reales, en las librerías de Madrid y en las principales de provincia.—Se halla impresa en 4.º y consta de 214 páginas.

TRATADO DE LA IMPOTENCIA Y DE LA ESTERILIDAD EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER.—Esta obra interesante comprende la exposición de los medios recomendados para remediarlas, por el Dr. D. Felix Roubaud, y ha sido traducida al castellano por el Dr. D. Francisco Santana y Villanueva, antiguo disector anatómico y profesor clínico de la Facultad de Medicina de la Universidad Central.—Consta de un tomo con 810 páginas en 8.º prolongado, que se ha publicado dividido en cuatro entregas, cada una al precio de 2 pesetas 50 cént. en Madrid y 2 pesetas y 75 céntimos en provincias, franco de porte.—Con la entrega 4.º que acabamos de recibir ha terminado la obra, la cual puede adquirirse completa en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de España.

## ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS QUE CONTIENE EL TOMO IX.

CUADERNO 1.º—10 JULIO 1877.	Pág.
Influencias de la Iglesia durante la Edad-média, por D. A. Fernandez Merino. . . . .	5
El vestido largo, soneto, por D. Eduardo Bustillo. . . . .	13
México contemporáneo, por D. Enrique de Olavarria y Ferrari. . . . .	14
La superficie y el fondo, por D. Antonio Luis Carrion. . . . .	21
Programa de Antropología, por D. H. Giner. . . . .	22
Elementos de Psicología por D. Antonio Lopez Muñoz, por D. U. Gonzalez Serrano. . . . .	33
El Gran Marqués de Pombal, por D. Rafael M. de Labra. . . . .	40
Boletín bibliográfico. . . . .	48
CUADERNO 2.º—25 JULIO 1877.	
Un comentario, por D. S. Lopez-Moreno. . . . .	49
La mensajera de amor, poesía, por D. Nicolás Diaz Perez. . . . .	55
Elementos de Psicología por D. Antonio Lopez Muñoz, por D. U. Gonzalez Serrano. . . . .	56
¿Qué será de ellos? poesía, por D. Eduardo Bustillo. . . . .	68
La Roma del Imperio y la Francia moderna, por D. <sup>a</sup> Sofía Tartilán. . . . .	71
El Grau Marqués de Pombal, por D. Rafael M. de Labra. . . . .	78
Consideraciones generales acerca de las Islas Filipinas, por D. Francisco Cañamaque. . . . .	81
Revista general, por D. Antonio Luis Carrion. . . . .	91
Boletín bibliográfico. . . . .	96
CUADERNO 3.º—10 AGOSTO 1877.	
La Apología de Sócrates por Jenofonte, por D. A. Gonzalez Garbin. . . . .	97
A solas, soneto, por D. Eduardo Bustillo. . . . .	108
Influencias de la Iglesia durante la Edad-média, por D. A. Fernandez Merino. . . . .	109
¡Pobres quintos! poesía, por D. Antonio Luis Carrion. . . . .	119
Un comentario, por D. S. Lopez-Moreno. . . . .	122
Pablo y Virginia, por D. Faustino Sancho y Gil. . . . .	131
España é Italia, fragmento, por D. Bernardo del Saz. . . . .	136
La escultura contemporánea, por D. Francisco M. Tubino. . . . .	137
Boletín bibliográfico. . . . .	144

## CUADERNO 4.º—25 AGOSTO 1877.

	Pág.
La última revolución en México, por D. Enrique de Olavarria y Ferrari . . . . .	145
Hojas arrancadas de un diario, anterior á la peregrinacion, por Ghrein. . . . .	154
La villana y el caballero, poesia, por D. Luis Vidart . . .	161
Proyecto de sesiones y convocatoria de Certámen por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Málaga.	162
Lo peor, poesia, por D. Ventura Ruiz Aguilera. . . . .	175
La escultura contemporánea, por D. Francisco M. Tubino.	177
La nueva vida, por D. Eduardo Bustillo . . . . .	184
Revista general, por D. Antonio Luis Carrion . . . . .	187
Boletin bibliográfico . . . . .	192

## CUADERNO 5.º—10 SETIEMBRE 1877.

Jenofonte. Apologia de Sócrates, por D. A. Gonzalez Garbin. . . . .	193
Hojas arrancadas de un diario anterior á la peregrinacion, por Ghrein. . . . .	205
A un poeta del porvenir, poesia, por D. <sup>a</sup> Carolina Coronado. . . . .	213
Belleza física, moral é intelectual de las gaditanas, segun Cervántes, por el doctor D. Juan Huertas . . . . .	217
Estudios literarios. Los Romances, por D. Manuel Pancorbo . . . . .	226
Intolerancia religiosa, por D. E. Perez Garcia. . . . .	234
¡Hasta cuándo!... poesia, por D. Antonio Luis Carrion . .	238
Boletin bibliográfico . . . . .	240

## CUADERNO 6.º—25 SETIEMBRE 1877.

La escultura contemporánea, por D. Francisco M. Tubino	241
A mi pátria, la muy noble y leal ciudad de Montilla, soneto, por D. José de Guzman el Bueno y Padilla . . . . .	248
Las enfermedades de santa Teresa, por D. Ramon Leon Mainez . . . . .	249
Tu mirada, poesia, por D. Nicolás Diaz y Perez . . . . .	267
Estudios literarios sobre Alemania. Lessing, por D. A. Fernandez Merino . . . . .	268
Obras completas de D. Ventura Ruiz Aguilera, por don Antonio Luis Carrion. . . . .	278
Boletin bibliográfico. . . . .	286

Director-propietario

ANTONIO LUIS CARRION.